This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

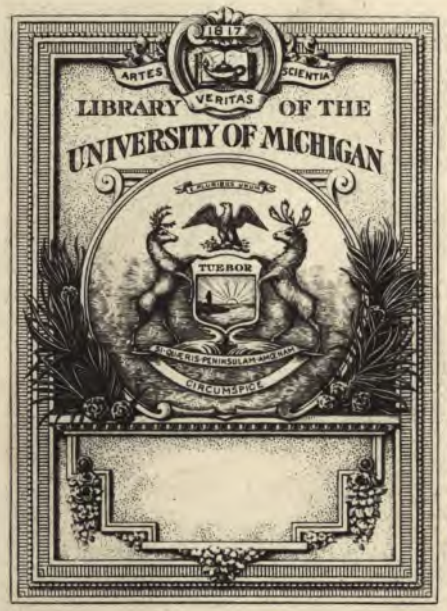
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ML
50
.G29
C3
1864

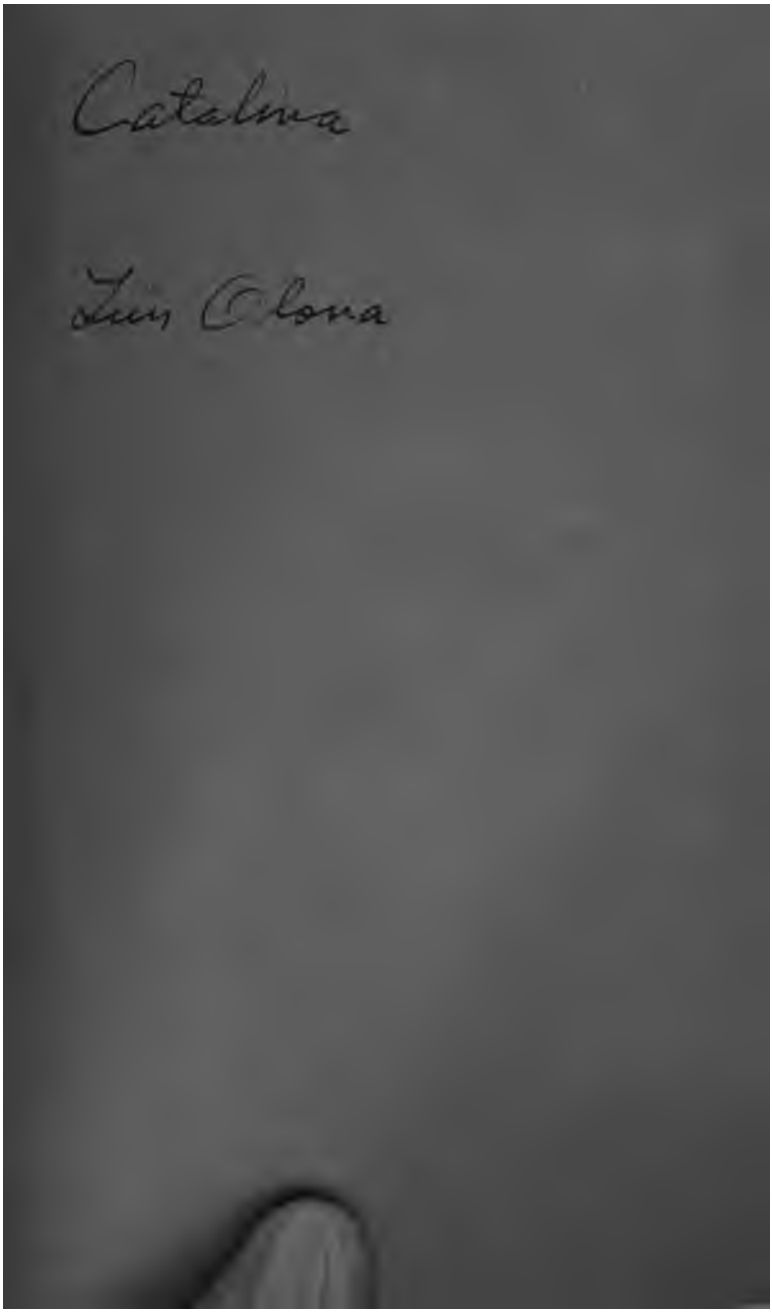
A 447041

GAZTAMBIDE

CATALINA



THE GIFT OF
Philip E. Bursley


Catalina
Luis Olona

CATALINA.

LIBRERIA
DE
FRANCISCO PÉREZ FRAILES
63, JACOMETREZO, 63
MADRID

COMPRA Y VENTA
DE
COMEDIAS.
Cª DE Sn MARTIN 2. MADRID

CATALINA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS

POR DON LUIS OLONA,

MÚSICA

DEL MAESTRO DON JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada
por primera vez en Madrid en el teatro del Circo,
en Octubre de 1854.

CUARTA EDICION.

IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
CALLE DEL CID, NÚM. 21.

1864.

ML
50
G29
C3
1864

Aprobada por la censura.

Esta zarzuela es una refundicion de la ópera cómica francesa de Mr. Scribe, titulada *L'Etoile du Nord*. Ademas de las variantes que se han hecho en el primero y segundo acto, el tercero es enteramente nuevo.

PERSONAJES.	ACTORES.
PEDRO, emperador de Rusia..	D. José Font.
KALMUFF, cosaco.	Francisco Salas.
IVAN, coronel de cosacos. . . .	Francisco Calvet.
MIGUEL, aldeano.	Vicente Caltañazor.
CATALINA, cantinera.	D.ª Amalia Ramirez.
BERTA, aldeana.	Carolina Di-Franco.
EL GENERAL IMALOFF. . . .	D. José Cubero.
UN CABO.	José Marron.
UN COSACO.	Manuel Franco.
EL MAYOR DALOWITZ. . . .	José Diaz.
UNA CANTINERA.	D.ª Dolores Fernandez.

Oficiales.—Cosacos.—Soldados de diferentes armas.—Aldeanos y aldeanas.—Jornaleros del arsenal.—Músicos.—Tambores.—Reclutas.—Cantineras.—Coro, músicos, bailarines y comparsas.

NOTA.—Las empresas que quisieran adquirir la direccion de escena de esta obra, pueden dirigirse á D. Alejandro Gomez, en el teatro del Circo; y para los figurines y decoraciones á D. Luis Muriel, pintor del mismo teatro.

La propiedad de esta zarzuela, la de:

Casado y soltero,
Gracias á Dios que está puesta la mesa,
La cotorra,
Las bodas de Juanita,
Los dos ciegos,
El amor y el almuerzo,
La zarzuela,
Pablito, ó segunda parte de Don Simon,
Bruschino,
El postillon de la Rioja,
Entre mi mujer y el negro,
La cola del diablo,
Amar sin conocer,
Amor y misterio,
El valle de Andorra,
El sargento Federico,
El juramento,
El hijo de familia ó el lancero voluntario,
Galanteos en Venecia,
Los Circasianos,
Los Madgyares,
El caudillo de Baza,
Mis dos mujeres,

pertenece á su autor D. Luis Olona, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y liricas, son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una parte muy pintoresca de una aldea, á orillas del golfo de Finlandia. A la derecha del público una casa rústica de madera, que es donde vive Catalina. Para entrar en la casa se sube por una escalera exterior, tambien de madera y groseramente construida: cerca de esta casa hay algunas cabañas de pobre, pero pintoresco aspecto. A la izquierda del público, la iglesia de la aldea: más allá empieza á elevarse el terreno, formando por este lado y ganando el fondo una risueña colina que baña en el foro el golfo de Finlandia, que ocupa el fondo derecha y se pierde dentro. Junto á la ribera del golfo hay algunas rocas.

ESCENA PRIMERA.

Los CARPINTEROS del arsenal trabajando en diferentes obras.—PEDRO solo en un lado y trabajando también.

INTRODUCCION.

CARPINTEROS y PEDRO, al par que se dedican á sus tareas.

Trabajando
noche y dia
sin reposo
ni solaz,
pasan breves
nuestros años,

nuestra vida
se nos va.
Pin, pin, pan, pan,
pin, pin, pan.
Duro al yunque,
dale al mazo,
fuerte el golpe,
firme el brazo,
nuestra sangre el sol que brilla
enardece más y más.
Trabajemos, trabajemos,
no haya tregua ni solaz.

DENTRO. (Un alegre estribillo de mujeres.)
Lalá, lalará,
laralá, laralá.

CARP. (Prestando el oido.)
Escuchad... (Unos á otros.)

MUJ. (Dentro.)
Laralá, laralá.

CARP. Escuchad,
Es de nuestras mujeres
el tierno cantar.

(En este momento se ven venir en grupos y por el sendero del monte las mujeres de los carpinteros con cestitos al hombro y en la mano, y tarareando alegres.)

A UN TIEMPO.

CARP. ¡Viva! Las provisiones
llegaron ya.
Vayan sierra y martillo
con Satanas.
(Tiran los útiles del trabajo.)

MUJ. Lalá, laralá,
lalá, laralá,
lalá, lalá,
etc.

MUJ. (Dirigiéndose cada cual á un carpintero.)
A mi pobre jornalero
traigo aquí
fruta y queso y aguardiente
de Dantzik.
Lo más rico del mercado
viene en fin,

jornalero de mi vida,
para tí.

Carpint. Venga, venga enhorabuena,
que tu amor,
cuidadoso siempre trae
lo mejor.

Ellos y ellas. Presto, presto, que el almuerzo
y el licor,
os / nos } darán para el trabajo
más vigor.

(Se sientan todos en el suelo y se ponen á almorzar.)

Pedro. (Desde su sitio.)
¿Vuestra tarea
dejais así?

Carpint. Sí:
ven á beber.

Pedro. No:
mi puesto es aquí.

Carpint. En tanto trabaja
el pobre aprendiz,
bebamos nosotros
el rico Dantzik. (Comen y beben.)

(Berta viene muy contenta y presurosa, y dice colocándose en medio de los Carpinteros y Aldeanas.)

Berta. Alegres amigos,
vecinas, oid.
La nueva que os traigo
es grata y feliz.

Coro. Dí, dí.

Berta. La nueva que os traigo
es grata y feliz.
De mis amores,
de mi alegría,
por, fin, señores,
ya luce el dia.
Hoy es mi boda,
no hay duda ya;
la novia os viene
á convidar.

Coro. Muy bien venida (Levantándose.)
la novia hermosa

que tan dichosa
nueva nos da.

BERTA. Veloz se apresta
la aldea toda
para la fiesta
de nuestra boda.
¡Corred, amigos,
á celebrar
mi dulce, amante
felicidad!
¡Juegos y danzas
no han de faltar!

CORO. Danzas y juegos
no faltarán.

A UN TIEMPO.

BERTA. Corred, amigos, etc.
CORO. Corramos todos, etc.

(Los Carpinteros y Aldeanas se dispersan, llevándose sus útiles de trabajo. Pedro, que al verlos partir ha mostrado enojo é impaciencia, sigue trabajando con el mismo ahinco.)

ESCENA II.

PEDRO y BERTA.

BERTA. ¡Calle! ¿Os quedais trabajando?
PEDRO. ¿Por qué no? ¡Si tal es mi deber!
BERTA. Sí; pero cuando se trata de una boda para la cual la novia misma ha venido á invitaros...
PEDRO. Tiempo hay.
BERTA. No tanto. De aquí á dos horas... Pero á todo esto, sabe Dios si mi novio no se hará esperar como acostumbra! Es tan perezoso... apostaria á que está durmiendo aun.
PEDRO. ¿Miguel? Es posible. La puerta... ya lo veis, está cerrada. (Señalando á la casita.)
BERTA. ¡Pues! ¡Jesus! No sé cómo hay quien pueda dormir

así en vísperas de casarse. Yo por mi os aseguro que he pasado una noche...

PEDRO. Es natural. (Sonriendo.)

BERTA. ¡Vaya si lo es! Pero dejad ya vuestro trabajo con mil santos.

PEDRO. En buen hora. (Dejando de trabajar.)

BERTA. ¡Qué afan! No he visto en nadie una constancia como la vuestra. Siempre atareado, siempre queriendo aprender todo lo que se hace en el arsenal...

PEDRO. Es que me gusta mucho la construccion de buques.

BERTA. Ya se os conoce. Apénas dejais la sierra y el martillo... como no sea para galantear á mi cuñada Catalina ó para cuchichear en secreto con ese otro extranjero, camarada vuestro; el señor Ivan, que nadie conoce y que... ¡Hum! ¡No le puedo ver!

PEDRO. ¿Por qué razon?

BERTA. No sé. Me es antipático. Hay en su modo de vivir tanto misterio... Unas veces dice que es cazador, otras que es carpintero, ya desaparece de la aldea, ya vuelve á aparecer... Y, en fin, francamente, me han asegurado que es ruso, y como yo los aborrezco á todos...

PEDRO. ¿Eh? ¿Qué decís? (Con ira.)

BERTA. ¡Jesus! ¡Qué ojos me echais tan furiosos!

PEDRO. ¡Oh, no! No tal.

(Reprimiéndose se dirige al banco de carpintero como para continuar su trabajo.)

BERTA. ¿Extrañais que yo no quiera bien á los rusos? ¿A unos desalmados que han invadido nuestro país? Ayer mismo... (Pedro se pone á martillar con fuerza, indicando en la manera de hacerlo la violencia que le cuesta dominarse.) un regimiento de cosacos ha aparecido á pocas leguas de aquí talando los campos y saqueando las aldeas.

PEDRO. ¿Cómo? (Deteniéndose sorprendido.)

BERTA. Como lo estais oyendo. Ya veis... si llegasen á venir á este puelo... sólo de pensarlo me da un miedo...

PEDRO. ¡Oh! No temais. Esos cosacos debian haberse reunido al grueso de su ejército, y el emperador Pedro I castigará su insubordinacion y sus cobardes correrías.

BERTA. Sí, sí, bueno será tambien su emperador cuando ellos...

PEDRO. ¿Eh? (Se reprime y vuelve á trabajar.)

BERTA. ¡Ay Dios mio! (Mirando á la iglesia.) El sol llega á la

puerta de la ermita. ¡Deben ser las doce lo ménos! Las doce, y yo aquí charla que te charla... Hasta luégo, señor Pedro. Si veis á Miguel decidle que se dé prisa. (Vase corriendo.)

ESCENA III.

PEDRO solo, despues MIGUEL.

¡Miserables! Entregados á la indisciplina y al pillaje cuando el enemigo está al frente. (Pausa.)

(Se queda pensativo y apoyada la mano sobre el martillo. En seguida va á seguir trabajando, pero suelta el martillo, dejándolo caer en un lado como cambiando de idea.)

¡Bah! La boda de esa muchacha ha dado hoy al traste con el trabajo, y es inútil que yo pretenda... Hagamos lo que los demas. Pensemos en el amor, en mi Catalina. (Mirando á la casita.) ¡Todavía la puerta cerrada! Veamos si al oir su cancion favorita que Miguel me enseñó á tocar...

(Coge una flauta que tiene sobre su banco de carpintero y se pone á tocar una melodía breve y graciosa. A los pocos compases se oye dentro otra flauta que repite lo mismo y en el mismo tono.)

¡Calle! Él mismo responde á mi señal.

(Vuelve á toçar dos ó tres compases y le contestan de nuevo desde dentro de la casita. La ventana de ésta se abre en seguida y aparece en ella Miguel en mangas de camisa, con un gorro blanco en la cabeza y una flauta en la mano.)

DUO.

MIGUEL. (Desde la ventana.)
¡Bravo! ¡Soberbio!
No cabe más.
Eres un chico
de habilidad.

PEDRO. (Toca unas cuantas notas.)

MIGUEL. ¡Ajá!

PEDRO. (Repite.)

MIGUEL. ¡Bien va!
Sosten ahora
vivo el compas.

(Miguel ejecuta algunas notas: Pedro responde á ellas: juego de las dos flautas. Los dos satisfechos de su habilidad.)

¡Bien por mi vida!
¡Bravo en verdad!

PEDRO. Adios, Miguel, amigo.

(Saludándole desde abajo.)

MIGUEL. Amigo Pedro, adios.

PEDRO. Ya sé que hoy es tu boda.

MIGUEL. Hoy todo soy amor.

—

Mira el vestido nuevo

(Sacando fuera de la ventana un vestido lleno de adornos.)

que ayer mi hermana
me regaló.
Ni el *tamborlan* de Persia
tan majo iria
como iré yo.
Ahora voy á ponerme
bonito y fresco
como una flor,
para dar á mi novia
con estas galas
más ilusion.

PEDRO. Ese vestido nuevo
que ayer tu hermana
te regaló,
si de su gusto ha sido,
para mis ojos
no lo hay mejor.
Ella con su hermosura
esclavo tiene
mi corazon.
Y ciego mi albedrío
del suyo siempre
camina en pos.

MIGUEL. (Admirado.) ¡Cáspita! ¡Cuál se explica!
Jamas podré

decir yo esas lindezas
á mi mujer.

PEDRO. ¡Bah! (Riendo.)

MIGUEL. De seguro.

PEDRO. Entónces,
¿como tu fe,
cómo tu amor le explicas?

MIGUEL. Óyelo, pues.
(Tomando un aire risueño.)
«Yo soy de azúcar,
»tú eres de fuego,
»tú me derrites,
»yo en tí me quemo.
»¡Ay, ay, ay, ay!
»No sé decir más,
»pero sí sé
»que me quiero quemar.»

PEDRO. (Riendo.) ¡Já! ¡Já!

MIGUEL. ¡Me quiero quemar!
(A un tiempo cada uno ocupado en su idea.)

PEDRO. ¡Ah!
(Ap.) No: nunca el labio
basta á expresar
de amor la ardiente
llama voraz.
Dulce bien mio,
tú la podrás
en mis suspiros
adivinar.

MIGUEL. ¡Ah!
Yo soy de azúcar,
tú eres de fuego,
tú me derrites,
yo en tí me quemo.
¡Ay, ay, ay, ay!
No sé decir más,
pero sí sé
que me quiero quemar.

—

HABLADO.

MIGUEL. Con que... voy á vestirme.

PEDRO. (Y ella no se asoma.)

MIGUEL. Si tú quisieras ponerme estos ringorrangos...

PEDRO. Con mucho gusto.
(Vivamente y dirigiéndose alegre hácia la escalera.)

MIGUEL. Yo soy tan topo, que cuando no está Catalina, no acierto á hacerme un lazo, ni...

PEDRO. ¡Ah! ¿No está Catalina? (Se detiene en el primer escalon.)

MIGUEL. Salió esta mañana temprano á vender su aguardiente y sus empanadas. Vamos, sube.

PEDRO. No. Me habia olvidado de que tengo que hacer.
(Volviendo al centro de la escena.)

MIGUEL. ¡Qué demonio! Tú siempre tienes que hacer.
(Disgustado.)

PEDRO. No te sucede á tí lo mismo.

MIGUEL. ¡Ya! Porque yo no sé hacer nada. Pero en cambio mi hermana Catalina, que me quiere entrañablemente, se ocupa de todo y...

PEDRO. Sí: mientras tú, siempre tan inútil, tan medroso, tan apocado... ¡Quién lo creeria!.. ¡Tú! ¡Su hermano mayor!

MIGUEL. Cabal. Yo soy el mayorazgo... lo cual no me quita el ser un babieca... como dicen en la aldea.

PEDRO. Y con razon. ¿En qué pasas tu vida? ¡Trabaja! Sirve de algo.

MIGUEL. ¡Ya sirvo! ¿Pues no estás viendo que me voy á casar? Sube, hombre.

PEDRO. ¡Eh! No.
(Ivan sale por el fondo izquierda del público, y al ver á Pedro se detiene y observa.)

MIGUEL. ¡Anda!.. Y te contaré lo que anoche me dijo Catalina de ti. (Alargando la cabeza y como queriendo decir con misterio una cosa.)

PEDRO. ¿De mí? (Con interes.)

MIGUEL. Como lo oyes. Anoche, al pronunciar tu nombre, daba unos suspiros... Como este. ¡Aaaay! (Suspira desentonadamente.) Y se ponia como la grana.

PEDRO. ¿Es posible?

MIGUEL. Pero... oye un consejo. Procura ser ménos brusco,

ménos arrebatado. Mi hermana se lamenta de tu carácter y... Ya ves... Si en efecto el amor... aspira á la ternura de los sentimientos que... (De pronto.) Me voy á poner los zapatos nuevos. (Entra y cierra.)

PEDRO. Y yo á que me (Alegre y corriendo hácia la escalera.) diga todo lo que Catalina piensa de mí. (Sube y entra.)

ESCENA IV.

IVAN. Despues PEDRO.

IVAN. (¡Le ama!.. ¡Oh! Si no realizo pronto mis planes...)

PEDRO. ¿Eres tú, Ivan? (Volviéndose desde la escalera.)
(Miran á un lado y otro por si alguien los observa.)
¿Qué nuevas traes? (Acercándose á él.)

IVAN. Ninguna.

PEDRO. ¡Ninguna! Sin duda Imaloff se encuentra en un gran peligro. (Con impaciencia.)

IVAN. No os inquieteis, sus posiciones son ventajosas.

PEDRO. Pero hace dias que envió á pedir refuerzos... y nuestros soldados... se esparcen por estos contornos talando los campos y saqueando las aldeas en vez de reunirse al cuartel general. ¡Oh! ¡Desgraciados de los que nos abandonen ó nos vendan! (Ivan se extremece.) No habrá para ellos compasion. Ivan, es preciso que nos dispongamos á partir.

IVAN. (¡Oh!)

PEDRO. Y aunque mi corazon quedará en estos sitios...

IVAN. Nuestra marcha seria inútil: todavía debemos esperar...

MÚSICA EN LA ORQUESTA.

PEDRO. ¡Calla! (Escuchando.)

IVAN. ¡Catalina! (Mirando al fondo.)

PEDRO. Es ella.

—

CATAL. (Dentro.) ¡Comprad! ¡Comprad!
A la cantinera
venid á comprar

(Pedro hace una seña á Ivan para que se aleje. Este obedece mostrando aparte su despecho.)

el rico aguardiente
y el dulce panal.
Ginebra y licores
vendiendo aquí va.
Acudan, señores,
baratos los da.

Pedro. Esa es su voz
angelical,
su voz, que al alma mia
consuelo viene á dar.

ESCENA V.

Pedro y **Catalina**, que ha aparecido en el fondo con un barrilito á la espalda y una cesta ó cantina ambulante en la mano.

Catal. No bien los campos dora
la lumbre de la aurora,
y el nuevo sol derrama
su limpia claridad,
en pos de mi fortuna
me pongo á caminar
alegre pregonando
en plácido cantar.
A la cantinera
venid á comprar, etc.

Pedro. Salud á Catalina. (Presentándose á ella.)

Catal. Comprad de mi cantina.
(Saludándole y sonriendo.)

Pedro. ¡Ah, no! Para mí vale
la cantinera más.

Catal. (Riendo.) ¡Jesus! ¡Qué desvarío!

Pedro. Amarte no lo es tal.
Responde, al fin, responde
á mi doliente afan.

Catal. A la cantinera, etc. (Con sonrisa maliciosa.)

Pedro. Tu amor, tus encantos
yo vengo á buscar.

Catal. Y yo mis licores
ofrezco no más.

LOS DOS.

PEDRO. Escucha mi ruego,
de mí ten piedad,
tu fiero despecho
matándome está.
¿Por qué tan esquiva
te encuentra mi afan?
Escucha mi ruego,
de mí ten piedad.

CATAL. A la cantinera, etc.

(Se dirige hácia la casita, y Pedro quiere detenerla.)

CATAL. Vaya, vaya, dejadme. Ya sabeis que hoy se casa mi hermano, y que si yo no arreglo los preparativos de su boda...

PEDRO. ¡Una palabra! ¡Yo te lo suplico!...

CATAL. Así me gusta, así: que seais humilde, que vayais perdiendo vuestro carácter y vuestro aire altanero. (Sonriendo.) Casi me dan ganas de acceder á escucharos un instante.

PEDRO. Ya ves... Algo merezco por seguir tus consejos... por haber olvidado mis arranques de impaciencia y de mal humor.

CATAL. Si vos sois mejor de lo que parece. Sólo os falta una persona que os aconseje, que os corrija... ¡Oh! Bien se conoce que no habeis tenido nunca á vuestro lado un verdadero amigo.

PEDRO. ¡Oh! No. ¡Ni uno! ¡Ni uno solo!... (Reflexionando y con acento de amargura.)

CATAL. ¿Y yo? (Tendiéndole la mano.)

PEDRO. Tú no me amas. Y sin embargo, ¡si comprendieras hasta qué punto me haria feliz tu cariño! Cuando no me rodean sino obstáculos y peligros... Cuando me siento desgraciado...

CATAL. (Vivamente.) ¿Vos? ¡Vos desgraciado!... ¡Ah! No me digais eso, porque entónces voy amaros con toda mi alma

PEDRO. ¡Catalina!

CATAL. Sí, Pedro, sí: huérfana y con un hermano que no teni

más amparo que yo, he sido tambien muy desgraciada. ¿Cómo no interesarme por los que sufren... sobre todo si tienen un corazon tan noble como el vuestro?... ¡Vamos! ¡Contadme vuestras penas!— Sepa yo... Nadie os conoce en estas playas, donde aparecisteis dos meses ha. ¿Qué os trajo á elías? Respondedme: ¿de dónde veníais?

PEDRO. De Moscou.

CATAL. ¿Es Rusia vuestra patria?

PEDRO. Sí.

CATAL. ¿No teneis familia?

PEDRO. Ninguna.

CATAL. ¿Y vuestro padre? ¿Cuál era su profesion?

PEDRO. La misma que la mia. (Vacilando.)

CATAL. ¿Carpintero?

PEDRO. Sí.

CATAL. ¿Hábil?

PEDRO. No mucho.

CATAL. ¿Rico?

PEDRO. Poseia... una antigna herencia que me ha dejado al morir; un edificio ruinoso que yo quisiera reparar.

CATAL. ¡Bah! ¡Mejor es construirlo de nuevo! (Con decision.)

PEDRO. (Vivamente.) ¡Oh! Sí. ¡Esa es mi ambicion! Pero... hay que vencer tantos obstáculos...

CATAL. ¿Qué importan los obstáculos cuando se tiene fe y energía?

PEDRO. ¿Cómo?

CATAL. (Con firmeza.) ¡Eh! ¡Aprended de mí! La voluntad me ha sacado de la miseria. La voluntad... ¡que es mi fuerza y mi vida! Y siempre que ella ha dicho... «¡Quiero!» ¡Oh! ¡Si vos comprendiéseis todo lo que vale esta palabra! ¡Todo lo que crea! ¡Todo lo que alcanza!

PEDRO. ¡Luego... segun tú! Querer... (Admirado.)

CATAL. (Con energía) Querer, es poder.

PEDRO. ¡Oh! ¡Sí! ¡Tus palabras me prestan el valor que comenzaba á abandonarme!

CATAL. Y vos lo recobrareis... vos sabreis ser feliz, porque... porque yo quiero que lo seais. (Sonriendo.)

PEDRO. ¿Tú lo quieres?

CATAL. ¡Para serlo tambien á vuestro lado! (Con ternura.)

PEDRO. ¡Catalina! (Estrechando su mano.)

MIGUEL. ¡Firme! ¡Oblígala bien! (Apareciendo en lo alto de la escalera.)
CATAL. ¡Mi hermano!
PEDRO. ¡Ah! ¡Qué feliz soy!

ESCENA VI.

DICHOS y MIGUEL.

MIGUEL. ¿De veras? ¿Se arregla ya la cosa? (Bajando muy contento.) ¡Es decir que habrá dos bodas en un dia!
PEDRO. ¿Cómo? (Vivamente.)
CATAL. ¡Ya lo ois! (A Pedro graciosamente.)
MIGUEL. ¡Soberbio! ¡Ven, abrázame! (A Pedro.) ¡No! ¡Ella primero! (Empujándole.)
CATAL. ¡Hermano mio! (Abrazándole.)
MIGUEL. ¿Ves lo que yo te dije anoche? ¡Pedro es un chico leal! ¡Incapaz de engañarte! Yo sé que te ama, que sereis... ¡que seremos felices! Y al fin lo somos, sí. ¡Yo me caso, tú te casas, él se casa!... Todos nos casamos!
CATAL. ¡Pedro!
MIGUEL. ¡Así, pues, no hay que perder un instante! Yo quiero que mi boda se celebre con la tuya... es decir, que la tuya se celebre con la mia; porque yo tengo mucha prisa y no aguardo á mañana.
PEDRO. ¿Qué dice? (Ap.)
CATAL. Pero tan pronto...
MIGUEL. ¡Mejor!... Estas cosas... ¡Paff! De sopeton. Así es como salen bien. Corro á avisar á nuestros amigos. Tú ponte guapa... ¿Ves? Como yo. Pedro me acompañará para avisar á los músicos, á los... (A Pedro.) ¡Ya verás!... En un santiamen... ¡tiqui... taque!... Nos echan las bendiciones y... ¡Ah, picaron!... ¡Qué guapa hembra has sabido elegir! ¿Eh? Pues tú tampoco has tenido mal gusto. (A Catalina.)
CATAL. Miguel...
MIGUEL. Vámonos, que se ruboriza. (De pronto y cogiendo á Pedro del brazo.)
PEDRO. Catalina... (Queriendo hablar.)
MIGUEL. Anda, hombre, que tiempo tienes. (Llevándoselo.)

ESCENA VII.

CATALINA, despues IVAN.

CATAL. Pero escuchad... (Reflexionando.) Casarme así, tan de repente... sin tener tiempo de reflexionar... Y ¿qué importa? ¿No le amo con toda mi alma? (En este momento ve á Ivan, que se ha acercado sin ser visto, hasta colocarse junto á ella.) ¿Eh? ¿Vos aquí? ¿Habeis oido quizá?..

IVAN. Sí, todo. Venia á veros, (Adelantándose lentamente.) á hablaros de mi amor...

CATAL. ¡Qué! Aun pensais...

IVAN. Pienso, Catalina, que esa union es imposible... pero que si Pedro hubiese resuelto el llamaros su esposa... yo lo impediré aunque me cueste la vida.

CATAL. ¡Vos!

IVAN. Durante largo tiempo he luchado en secreto con esta pasion... que me veia obligado á ocultar... que procuraba vencer! Mis celos no me lo permitian. Mis celos han engendrado la envidia, el despecho, la venganza. Renunciad á Pedro, Catalina, aunque sigais despreciando mi amor... y... quizá evitareis un delito... cuya gravedad no puedo explicaros... cuyas consecuencias no podeis comprender.

CATAL. Pero que yo desprecio, por más que me las anuncieis con ese tono solemne. Señor Ivan, hasta ahora he ocultado á Pedro vuestras persecuciones... por respeto á la amistad que os une. Mañana... tenedlo bien presente: no podré ocultar á mi marido, que hay un hombre que conspira contra nuestro reposo. Evitadme esta revelacion, y yo os perdonaré sinceramente. (Coge su cesta y se dirige á la escalera.)

IVAN. (Ap. y con despecho.) ¡Oh!.. ¡No hay remedio! ¡Pronto á caballo! ¡Mis gentes están cerca! El rey de Suecia me va á pagar á peso de oro mis servicios, y al entregarle su enemigo... yo me deshago de un odioso rival. (Se va apresuradamente.)

CATAL. (Bajando y siguiéndole con la vista.) Ha querido, sin duda, amedrentarme! ¡Oh! Por fortuna mi boda le hará perder sus esperanzas... y... presto me olvidará. Estoy segura.

ESCENA VIII.

CATALINA, BERTA, despues KALMUFF.

BERTA. (Saliendo presurosa por el fondo.) ¡Catalina! ¡Catalina! (Azorada. Música en la orquesta.)

CATAL. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

BERTA. ¡Vengo muerta de miedo!

CATAL. ¿Por qué?

BERTA. Mira... (Señala al fondo.)

CATAL. (Mirando.) Un ginete que se dirige á todo escape hácia aquí.

BERTA. Sí; ¡pero repara qué bigotazos! ¡Qué horrible aspecto!.. ¡Ya se apea del caballo!.. ¡Cielos!.. ¡Es un cosaco! ¡Huyamos! (Se va á ir por la izquierda.)

CATAL. No: ven á este lado. (Cogiéndola de la mano.)

(La lleva debajo de la escalera, y ámbas permanecen allí medio ocultas y observando. Kalmuff aparece en lo alto de un pequeño ribazo y salta de un brinco á la escena.)

CANTO.

KALMUFF.

¡Hurra, (Con alegria salvaje.)
cosaco!
¡Hurra!
¡Brava jornada
por Belcebú!
¡Hurra,
caballo
mio!
¡No corre el viento
cual corres tú!

—

¡Hurra,
cosaco!
¡Hurra!
¡Claro es el dia!
¡Bello el país!

¡Hurra,
caballo!
¡Jala!
Que hoy nos espera
rico botin.

Catal. ¡Chss! No te muevas.

(A Berta que quiere irse.)

Berta. ¡Ay! ¡Ay de mí! (Temblando.)
¡No ves qué feo!

Kalm. ¿Quién anda ahí? (Volviéndose de pronto.)

(Las dos salen del escondite y se quedan inmóviles. Kalmuff las contempla sorprendido.)

¡Brava presa por mi vida!
¡Gran tesoro! ¡Vive Dios!
¡En la duda de cuál tome...
á llevarme voy las dos!

Las dos. ¡Qué horror! (Van á huir.)

Kalm. ¡Alto al cosaco! (Cerrándoles el paso.)
¡Alto pues!
¡Nadie resiste
á mi poder!

(Las dos se detienen atemorizadas.)

—

Hijo soy del desierto,
y es mi gloria y mi ser
de la guerra el estrago,
del pillaje el placer.
Y el mirar cómo sube
del incendio la nube, (Con entusiasmo.)
y entre el humo y el fuego
combatir y vencer.
Hijo soy del desierto,
y es la guerra mi ser.

Berta. (Ap.) Yo tirito de miedo,
y á su aspecto cruel
á correr me pusiera,
si pudiera correr.

Cátal. (Ap.) ¡Al temor del peligro
nunca supe ceder:
yo á su fiera energía
mi valor opondré!

KALM. ¿Qué es eso? ¡Por qué os miro (Impaciente.)
temblar, voto á Luzbel!

BERTA. Yo... no... tiem... blo... no...
(Adelantándose con los ojos bajos.)
se... ñor... mi... li... tar...
es... que... ten... go... fri... ii... io...
y... me... sien... to... mal...

KALM. Por más que lo niegues
tú temblando estás.

CATAL. (Poniéndose delante de Berta, y presentándose con gracia y coquetería á Kalmuff.)
Pero en cambio yo,
en prenda de paz,
mi aguardiente quiero
con vos apurar.

KALM. ¿No me tienes miedo? (Sorprendido.)

CATAL. ¿Miedo yo? No tal.

KALM. ¡Linda es la muchacha!

CATAL. ¡Fino el militar! (Con coquetería.)

KALM. ¿Hay una botella?

CATAL. Hasta ciento habrá.

KALM. (Muy gravemente.)
Eso ya resuelve
la dificultad.
(Se dirige á un lado del teatro para dejar sus armas, mientras Berta se acerca á Catalina y la dice aparte.)

BERTA. ¿Qué vas hacer? ¿Qué intentas?

CATAL. Su furia así calmar.

BERTA. (Ap.) ¡Ay Dios! Si le embriaga,
peor la cosa irá.
(Kalmuff vuelve y se coloca entre las dos. Catalina le presenta un vaso.)

CATAL. ¡Tomad!

KALM. ¡Ajá! (Bebe.)

BERTA. } (Ap.) { No le parece mal.
CATAL. } { Ya más humano está.

CATAL. ¡Tomad! (Llenando de nuevo el vaso.)

KALM. ¡Bien va! (Bebe.)

BERTA. } (Ap.) { ¡Dos vasos lleva ya!
CATAL. } { Ya más amable está.

KALM. ¿Sabeis lo que os digo? (Se acercan las dos.)
¡Brrrr! (De pronto.)

BERTA y CATAL. (Retirándose.) ¡Ah!
KALM. Tened.
Pues digo... que estamos
juntitos muy bien.
(Las abraza y Catalina le da un bofeton.)
CATAL. No tal.
BERTA. ¡Ah! (Asustada.)
KALM. ¡Voto á cien!
(Llevándose la mano á la mejilla.)
Voto á cien mil legiones
y á mi santo patron,
que jamas me han pegado
tan feroz bofeton.
Por mi nom... (A Catalina con ira.)
CATAL. ¿Qué me harás,
pues te pido perdon?
KALM. Yo sabré...
CATAL. (Apoyando un brazo en el hombro de Kalmuff y sonriendo.)
Ser galan...
KALM. Yo haré ver...
CATAL. ¡A que no!
KALM. (Enamorado y ap.)
Al ver tan linda cara
perdono el bofeton...
y si aun me pega otro
le aguanto como hay Dios.
(A Catalina.) ¡Qué hay en tus ojos,
dí, voto á brios,
que asi me inflaman
el corazon! (Catalina sonrie.)
¡Dime, dime, por qué mi fiereza
á tus plantas rendida está ya;
dí si el fuego que abrasa mi pecho
es de amor el incendio voraz!
Al ver hoy tu sin par hermosura
nuevo sér en mis venas sentí.
¡Dime, dime qué tienen tus ojos
que traidores me queman asi!
CATAL. (Sonriendo.) ¡De mis ojos la tierna mirada
hizo al pobre sus armas rendir!
Que en el pecho del rudo soldado
amor clava su dardo sutil.

LOS TRES.

KALM. Al ver hoy tu sin par hermosura
nuevo sér en mis venas sentí;
¡dime, dime qué tienen tus ojos
que traidores me queman así!

BERTA y CAT. (Ap. y riendo.) De mis / sus ojos la tierna mirada
hizo al pobre sus armas rendir!...
Que en el pecho del rudo soldado
amor clava su dardo sutil.

HABLADO.

KALM. ¡Ira de Dios! ¡Yo enamorado como un recluta!
CATAL. ¿Vos enamorado? ¡Con ese aspecto tan feroz! (Riendo.)
BERTA. ¡Con esas barbas tan horribles!
KALM. ¡Niña! ¡Cuenta con insultar á mis barbas (Cogiéndolas y acariciándolas con cierto amor propio.) que son mi más bello adorno!... Pero voto á... (Mirando de repente á Catalina.) ¡En ninguna de mis correrías he visto un rostro como el tuyo! Vente conmigo, hermosa aldeana. Ven y sé la reina de mis amores.
BERTA. (¡Ay qué bribon!) (Vivamente.)
CATAL. Poco á poco, señor militar; yo no soy libre.
KALM. ¡Qué! Tienes quizá un marido... yo quitaré ese estorbo. Cuéntale por muerto.
BERTA. (¡Ay qué pícaro!)
CATAL. No, no estoy casada... Pero... pero tengo un hermano.
KALM. Mejor: será mi cuñado.
BERTA. (¡Pues! Él todo lo arregla á su gusto.)
KALM. Le llevaré conmigo á la guerra, y partiremos juntos el botín.
BERTA. ¡Poco á poco! ¡No señor! ¡Yo no me quedo sin novio! ¡Pues no faltaba más!
KALM. Allá lo veremos.
CATAL. ¡Qué! Si mi hermano es tan tímido, tan medroso...
KALM. No se parece á tí.
CATAL. Sólo al mirar su fisonomía dulce y delicada...
KALM. ¡Pues sí se parece!...

CATAL. Y tanto. ¡Es un retrato mio!

KALM. Entónces... ya le quiero sin conocerle. Sí, os quiero á los dos... ó mejor dicho, á los tres. (Mirando á Berta.)

BERTA. (¡Ay Dios! ¡Que tambien me quiere á mí!)

KALM. Y suceda hoy en esta aldea lo que suceda... No temais. Yo os protejo.

BERTA. ¡Cielos! Pues ¿qué va á suceder?

CATAL. ¿Qué habeis dicho? ¡Oh! Corramos á avisar. (Van á irse.)

KALM. ¡Eh! ¡Quietas aquí!

BERTA. (Ap. mientras Kalmuff quiere detener á Catalina.) ¡Este hombre quiere sin duda cometer un rapto! ¡Un rapto! ¡En el dia de mi boda!

CATAL. Señor soldado, abridnos paso.

BERTA. ¡Socorro! ¡Favor! ¡Socorro! (Sube la escalera velozmente.)

KALM. ¡Detente... escucha! (A Catalina, que sigue á Berta.)

BERTA. ¡Ah! ¡Ya vienen en nuestro auxilio! (Desde lo alto de la escalera y mirando hácia la izquierda.)

KALM. Veremos quién se atreve á separarme de tí. (Yendo á coger su sable.)

CATAL. ¡Mi voluntad! (Subiendo velozmente la escalera.)

KALM. ¿Qué haces? ¡Oh! (La sigue: ella entra con Berta y cierra.) Yo te seguiré aunque para ello...

(Al llegar al pié de la escalera, Pedro sale por el lado opuesto y grita con voz imponente.)

PEDRO. ¿A dónde vas?

ESCENA IX.

KALMUFF, PEDRO.

KALM. ¿Eh? ¿Quién eres tú? (Volviéndose sorprendido.)

PEDRO. ¿Qué te importa?

KALM. ¿Por qué me impides seguir á esa jóven?

PEDRO. Inténtalo si te atreves. (Poniéndose delante de la escalera.)

KALM. Por mi nom... (Echa mano al sable y se detiene de pronto.)

PEDRO. ¿Qué te pasa? (Con serenidad.)

KALM. (Soltando la empuñadura del sable.) Que yo no sé combatir con los que no se defienden. Estás desarmado.

PEDRO. ¡Eres generoso! (Con ironía.)

KALM. No tal. Busca un arma, y... riñamos, ¡voto á Luzbel! (Tira del sable.) hasta que uno de los dos quede en tierra.

PEDRO. Yo no riño con los que no me ofenden.

KALM. Pues... si ninguno de los dos queremos... (Envainando.) no hay medio de pelear. Entremos en razones, si es que se me ocurre alguna. Yo amo á esa jóven.

PEDRO. ¡Tú! ¿Desde cuándo?

KALM. Desde... ¡qué demonio! ¡Desde que la amo! Desde ahora, que acabo de ofrecerla mi cariño... y mi proteccion.

PEDRO. Ella no necesita para nada tu cariño, y en cuanto á esa proteccion que la ofreces...

KALM. Puede hacerle falta de un momento á otro.

PEDRO. ¿Por qué?

KALM. Porque mi regimiento anda saqueando estas inmediaciones.

PEDRO. Y tú has venido á hacer lo mismo.

KALM. No: yo vengo del ejército.

PEDRO. ¿Eh? (Con interes.)

KALM. Sí; he preferido seguir mis banderas á dispersarme como un bandido por estos campos.—Y aunque amo el saqueo... me gusta ganarlo con la punta de mi lanza.

PEDRO. Entónces... ¿qué te ha traido á esta aldea?

KALM. Vengo en busca de un tal Pedro Micheloff.—Un carpintero.

PEDRO. Yo soy.

KALM. ¿Tú?

PEDRO. Me traes quizá algun aviso...

KALM. Poco á poco. ¿De quién lo esperas? (Examinándole con atencion.)

PEDRO. Del general Imaloff.

KALM. ¡Ahí va! (Le da un pliego.)

PEDRO. ¡Oh! Ya era tiempo. (Coge el pliego y lo abre con ansiedad.)

KALM. (¡Las dos se han hecho fuertes!) (Mirando á la casita.)

PEDRO. ¿Eh? ¡Dos renglones no más! (Lee.) «Por vuestro honor y el de lá Rusia acudid ó todo se ha perdido.» ¡Cielos!

KALM. ¿Qué te pasa?

PEDRO. ¿Dices que vienes del ejército? (Vivamente.)

KALM. Sí.

PEDRO. ¿Qué se sabe de las tropas del rey de Suecia?

KALM. Que se acercan, que su número crece, en tanto que nuestros soldados se desertan ó huyen á la vista del enemigo.

PEDRO. Pero los refuerzos que esperábais...

KALM. No han llegado.

PEDRO. Y los correos que debe haber recibido tu general...

KALM. Han sido asesinados en el camino.

PEDRO. (¿Qué traicion se esconde aquí?)

KALM. Yo he venido trepando cerros y cruzando malezas, á traerte este pliego y á entregar otro al burgomaestre de la aldea. En seguida montaré á caballo y... al rayar el dia estaré de vuelta en el campamento. Dicen que se prepara una gran batalla. ¡Que el Czar debe ponerse al frente del ejército!.. ¡Fuego de Dios! Veremos si en sus viajes ha aprendido á batirse como yo.

PEDRO. Sí, por mi nombre, lo veremos.

KALM. ¡Qué! ¿Tú vienes tambien á la batalla?

PEDRO. En ella nos encontraremos.

KALM. A ver... ¡voto al infierno! quién de los dos gana más pronto un grado.

PEDRO. ¿Tienes ambicion?

KALM. Sí.

PEDRO. Pues... ¡con sangre compra el soldado su fortuna!

KALM. Mientes: yo estoy hecho una criba á fuerza de balazos, y aun no he pasado de soldado raso.

PEDRO. Corre á cumplir tu comision.—¡El Czar te hará justicia!

KALM. ¿Lo crees así?

PEDRO. Adios, pues. Hasta mañana en el campamento.

KALM. Hasta mañana, ¡guapo mozo! (Se detiene y mira la casita.) ¡Oh! ¡No te olvidaré nunca... aldeana de mis ojos! Corramos á ver al burgomaestre... que de seguro no me hará tanta gracia como tú. (Vase.)

ESCENA X.

PEDRO, y despues BERTA á la ventana.

PEDRO. ¡Es preciso partir! Partir á salvar mi honor y el de mi patria... Partir al punto, sin que el mismo conde Ivan lo sepa... ¡De nadie me fio!.. Todos me han ocultado la verdad.

BERTA. ¡Calle! ¿Está ya el novio esperando? (Asomada á la ventana.)

PEDRO. (Ap. al oirla.) ¡Cielos! Ese recuerdo...

BERTA. Que sea enhorabuena. ¡Acabo de saber que se celebran juntas nuestras bodas! (A Pedro.)

PEDRO. ¡Oh! ¡Pobre Catalina!

BERTA. Pronto bajamos. La novia se está poniendo de veinte y cinco alfileres... ¡Tened un poco de paciencia!.. No tardaremos. (Desaparece de la ventana.)

PEDRO. ¡Ah! Partamos cuanto ántes... Me falta el valor para despedirme de ella. (Se dirige al fondo, y al oir la voz de Catalina se detiene como á pesar suyo.)

CANTO.

CATAL. (Dentro.) Mis trenzas engalana
la flor de la mañana,
la cinta caprichosa
mi talle ornando está!
Lá, laralá,
lá, laralá.
¡Qué alegre mi fiesta
de boda será!

BERTA y CATAL. ¡Qué alegre {su / mi} fiesta
de boda será!

PEDRO. (Mirando hácia la casita.)
¡Ah, mi bien! ¡La suerte impía
tus acentos de alegría
pronto en quejas trocará:
mas no culpes mi ternura,
que á tu llanto de amargura
mi amargura se unirá!

CATAL. (Dentro.) Lá, laralá,
lá, laralá.

PEDRO. Mis ensueños tus amores
halagaron seductores,
y me hicieron olvidar
el poder que me rodea
y el clamor de la pelea
que hoy me viene á despertar.

CATAL. (Dentro.) Lá, laralá,

PEDRO. ¡Ah!

LAS DOS. (Dentro.) Lá, laralá.

PEDRO. ¡Adios!

LAS DOS. (Dentro.) Qué alegre { mi / su } fiesta. de boda será. (A un tiempo.)

PEDRO. ¡Grabado en mi alma tu amor quedará! (A un tiempo.)

HABLADO.

(Pedro, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se dispone á partir. Berta sale de la casita y baja corriendo á detenerlo.)

BERTA. ¡Eh! ¡Señor novio! ¿Cómo es eso? ¿Os cansais de esperar? Ya se ha vestido Catalina y está tan bella, tan interesante...

PEDRO. Silencio, por Dios. (Vivamente y agitado.)

BERTA. ¿Eh? ¿Qué decis? ¿Qué os pasa?

PEDRO. Que esa boda es imposible, que voy á partir.

BERTA. ¿A partir?

(Catalina ha aparecido en lo alto de la escalera, en traje de boda, y exclama al oir estas palabras.)

CATAL. (Ap.) ¡Cielos!

BERTA. ¿Pero y Catalina?

PEDRO. (Sin verla.) ¡Decidle que me perdone!... Que me olvide... No: eso no: porque yo no la olvidaré nunca.

(Catalina, sin volver de su dolorosa sorpresa, va bajando lentamente la escalera, oyendo con gran ansiedad y en una mortal agitacion.)

BERTA. ¡Yo estoy viendo visiones! ¿Qué cambio es este? Explicaos.

PEDRO. No me pregunteis más: dejadme. No hagais vacilar mi corazon... cuando un imposible me separa de Catalina... ¡Adios, Berta! Adios para siempre. (Se va.)

BERTA. ¡Oid!... (Siguiéndole un poco.)

CATAL. ¡Ah, desdichada! (En este momento ha bajado la escalera y cae casi de rodillas junto al primer escalon.)

BERTA. ¡Catalina! (Volviéndose al oirla.) ¡Has escuchado tal vez! ¡Pobre hermana mia! (La ayuda á levantarse.)

CATAL. ¡Me engañaba!

BERTA. ¡Y aun tenemos valor de querer á los hombres! Mons-

truos! Los aborrezco, los... excepto á mi novio. Ese al ménos se casa conmigo.

CATAL. ¡Ah, mi pobre Miguel no seria capaz de semejante infamia!

BERTA. Pero abandonarte en estos momentos... Y tan bella, tan bien engalanada.

CATAL. ¡Oh! ¡Quítame estos adornos! Arranca de mi seno estas flores cuya vista me destroza el corazon.

(Se arranca el ramo que lleva al pecho.)

BERTA. ¡Catalina! (Queriendo contenerla.)

CATAL. (Con firmeza.) ¡Qué! ¿Temes que yo no sepa hacerme superior á mis dolores? ¿Crees que mi corazon se humillará ante esta cruel afrenta? No, Berta, no. ¡Mi alma es fuerte, mi voluntad poderosa!... Quiero olvidar... quiero... vivir esclusivamente para mi pobre hermano, para tí, cuya felicidad será desde hoy mi único bien, mi único deseo.

BERTA. ¡Hermana mia!

CATAL. (Procurando dominarse.) Sí, sí. Este ha sido un sueño horrible... pero al despertar me hallo en medio de vosotros... No soy tan desgraciada, sobre todo hoy que vuestra union va á verificarse.

ESCENA XI.

DICHAS y MIGUEL, pálido y preso del más vivo terror.

MIGUEL. ¡Ay! ¡Cristo del Socorro!

LAS DOS. ¡Miguel!

MIGUEL. ¡De esta hecha voy á tronar como arpa vieja!

LAS DOS. ¿Qué dices?

MIGUEL. Que estoy perdido.

LAS DOS. ¡Perdido!

MIGUEL. No. ¡Que estoy muerto!

CATAL. ¡Explícate!

MIGUEL. ¡Abrázame! Te has quedado viuda. (Abraza llorando á Berta.)

BERTA. ¡Cielos! ¡Ya llegó el fin del mundo! (Desasiéndose de los brazos de Miguel.)

CATAL. ¡Habla, habla pronto! ¿Que sucede?

MIGUEL. Sucede que el burgomaestre acaba de recibir órden

para enviar hoy mismo al campamento ruso... veinte mozos de la aldea... y que yo soy uno de ellos.

CATAL. ¿Tú?

BERTA. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Rompe á llorar.)

MIGUEL. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Id.)

BERTA. ¡Yo no lo consiento! ¡Yo no quiero!...

MIGUEL. ¡Ni yo!

BERTA. ¿De veras? (Contenta.)

MIGUEL. ¡Pero me fusilarán!

BERTA. ¡Dios mio! ¡Cuando íbamos á casarnos! ¡Quedarse una soltera de pronto! ¡Miguel, esto es horrible!

MIGUEL. Sí. ¡A quién se lo cuentas!

CATAL. Pero... si se encontrara algun mozo que fuera en tu lugar...

MIGUEL. ¡Cá! ¡Ninguno quiere ir por todo el oro del mundo! Y ademas, nos han dado órden para que cada cual tome el camino esta misma noche y se presente al general Micholocolóchoff... No sé. En fin. Ahí está el nombre, en ese pasaporte que me han puesto en la mano. (Le da un papel á Catalina, que ésta lee para sí, y vuelve á abrazar á Berta.)

MIGUEL. ¡Ay, paloma de mis entrañas!

BERTA. ¡Separarnos de este modo! (Abrazados los dos y gimoteando.)

MIGUEL. ¡Dejar una novia tan linda... para irme con los rusos!

CATAL. (Ap. y mirándolos.) ¡Oh, el dolor que yo he sufrido me hace comprender el suyo! Y no poder evitar...

BERTA. Si al ménos llevásemos algun tiempo de casados...

MIGUEL. Es claro. ¡La cosa ya no era la misma!

BERTA. Pero partir hoy... hoy mismo...

CATAL. ¿Y... si hubiese un medio de retardarlo por algunos dias?

LOS DOS. ¿Cómo?

CATAL. Sí, sí. (Con resolucion.) ¡Es preciso que vuestra boda se lleve á cabo! Yo lo quiero... y no consentiré en tan cruel separacion.

MIGUEL. Pero... en ese caso...

CATAL. Estareis reunidos una semana, durante la cual buscarás un hombre que te reemplace.

BERTA. ¿Y si no lo encuentra?

CATAL. Entónces... marcharás al ejército.

MIGUEL. Pero... Héla ya como siempre hallando remedio con-

tra los imposibles. Pero... no ves que mientras busco ese sustituto...

CATAL. Mientras lo buscas... no faltará quien vaya por tí.

MIGUEL. ¿Quién?

CATAL. Eso no te importa, Miguel, yo aseguro tu union con Berta. ¿Me juras en cambio presentarte al general á quien se dirige este papel, si al cabo de una semana no has encontrado quien te reemplace?

MIGUEL. Sí, te lo juro. Mas explícame...

CATAL. Yo me encargo de lo demas. La hora de vuestra union ha llegado. Los amigos no tardarán en venir... Apresuraos... y no me espereis. Despues de la ceremonia me uniré con vosotros. (Ya que (Subiendo la escalera.) para mí no hay esperanza... ¡sean ellos felices al ménos!) (Entra en la casita.)

MIGUEL. ¡Pero escucha! ¡Óyeme!... ¡Ah, Berta mia! ¡Catalina es mi ángel bueno! ¡Catalina es nuestra salvacion! Sí. ¡Pobre hermanita!... Ella cuidó de mi porvenir, de mi fortuna... Todo lo debo á su cariño, y... ¿ves? (Mostrando un collar de perlas que lleva puesto.) Estas joyas con que hoy me engalano para la boda y que constituyen mi riqueza... estas joyas que eran de nuestra madre, ¡Catalina las ha conservado para mí! ¡Para su Miguel, que es un imbécil, puesto que no ha sabido cómo pagarle tantos beneficios!

BERTA. ¡Esas joyas!... ¡Oh! Mostrar una cosa de tal valor en estos tiempos... cuando por el contrario debias ocultarlas... ponerlas al abrigo de esas bandas de cosacos que infestan el país...

MIGUEL. ¡Bah!... No temas: las llevo bien sujetas, bien prendidas á mi traje, y... trabajo le mando al que intente llevárselas. Con que, pues ya podemos casarnos, pichona mia... (Música dentro.) ¡Viva! Hé ahí los músicos, los convidados para la boda.

BERTA. ¡Ay, qué emocion!

MIGUEL. Mira, mira: los jóvenes de la aldea te traen la corona de desposada.

BERTA. ¡La corona!... ¡La boda!... La... ¡Qué placer! ¡Yo siempre creí que el casarse era una cosa buena, pero no tanto!

MIGUEL. ¡Aquí! ¡Amigos mios! ¡Aquí!

MÚSICA.

ESCENA XII.

DICHOS. Una comparsa de Aldeanos y Aldeanas viene en formacion. Al frente de ella cuatro Aldeanos con violines, y otros cuatro con bastones muy largos, llenos de cascabeles. Varias jóvenes traen en un canastillo, lleno de cintas y de la forma de una bandeja, una corona de novia. La comparsa sale tocando y cantando.

CORO.

ALDEAN. ¡Viva la novia,
la cándida y bella
graciosa doncella,
tesoro de amor!
Orne su frente
la blanca azucena,
la fresca verbena,
la rosa mejor.

(Miguel da la mano á Berta, la presenta á la comitiva, y poniéndose delante se dirige á la capilla seguido de todos. Entran. Algunos Aldeanos y Aldeanas quedan á la puerta arrodillados. Se oye dentro de la capilla el canto religioso. Al mismo tiempo Catalina se asoma á la ventana con un traje de aldeano, y canta dirigiendo sus miradas á la capilla donde se celebra la boda.)

CORO. (Dentro.)
La blanca sencilla
corona ceñid,
de puros amores
emblema feliz.

CATALINA. (Desde arriba.)
Gozad venturosos
de un bien, ¡ay de mí!
que el cielo me niega,
que triste perdí.

CORO. (Dentro.)
Al templo nos llaman,
amigos, venid;
y el cielo bendiga
union tan feliz.

(Catalina hace una dolorosa señal de despedida y se quita de la ventana cerrándola. Miguel, lleno de gozo, sale con los demas de la capilla, y cogiendo á Berta de la mano, dice.)

Miguel. En marcha, pues, amigos.
Delante los dos,
y vaya tras nosotros
la procesion.

(Cruzan la escena formados como ántes.)

CORO.

Unos. Viva la novia,
la cándida y bella
graciosa doncella,
tesoro de amor.
Brille en su frente
la blanca azucena,
la fresca verbena,
la rosa mejor.

Todos. Viva, vi...

(Se oyen clarines que tocan á saqueo, y todos se detienen asustados.)

¡Oh! ¡Dios!

(Una banda de cosacos aparece por varias direcciones sable en mano: algunos traen antorchas encendidas. Los aldeanos lanzan un grito de terror y huyen despavoridos en distintas direcciones, así como Miguel y Berta. Los cosacos ocupan la escena, y su canto empieza inmediatamente.)

Aldeanos, Miguel y Berta. ¡Ah! (Huyen.)

ESCENA XIII.

Cosacos, despues **Ivan,** despues **Miguel,** luégo **Kalmuff** y Aldeanos dentro.

Cosacos. (Con las espadas en la mano.)
Tiemble la tierra
y arda la guerra.
¡Todo lo rinda
nuestro valor!

En donde á saco
entra el cosaco,
reina el pillaje,
cunde el terror!
No haya piedad,
no haya perdon.
¡Brille la espada, brille la tea!
Nuestro es el campo, nuestra la aldea.
¡Hurra, valor! ¡Hurra, valor!
¡Cunda el estrago, cunda el terror!

(Se lanzan por todos lados con aire amenazador, y la escena queda sola. Ivan aparece en el fondo, y señalando al fondo izquierda del público, exclama con aire de triunfo.)

Ivan. Ya asaltan mis soldados
de Pedro la mansion;
al par que mi venganza
triunfar sabrá mi amor.

(Mira al decir este último verso á la casita de Catalina y sube velozmente la escalera. La puerta está cerrada y hace esfuerzos para abrirla.)

Coro de Aldeanas. (Dentro por la izquierda del público.)
De nuestra aldea
tened piedad.
A tanto estrago
rendida está.

Ivan. Abrir no puedo. (Queriendo abrir.)

Coro de Aldeanas. (Dentro.)
¡Piedad! ¡Piedad!

Ivan. Por ese lado, acaso

(Da la vuelta por el piso hasta ocultarse detras del lado derecho de la casita, y desaparece.)

consiga penetrar.

Miguel. ¡Ay! ¡Ay! ¡San Nicolas!

(Sale despavorido y perseguido de un cosaco.)

¡Este Sanson mis joyas
me quiere robar!

(El cosaco le coge de la mano.)

¡Favor!... Separarlas (Al cosaco.)
de mí no podrás.
¡Mis gentes acuden!

(Mirando adentro: el cosaco mira tambien, y cogiendo á Miguel se lo echa á la espalda y se lo lleva velozmente.)

¡Socorro! ¡Piedad!

(Se ven las llamas del incendio que consume la aldea. Kalmuff sale con el sable desnudo y mirando con aspecto sombrío al sitio de donde viene. Al llegar al pié de la escalera las puertas de la casita caen con estrépito y salen por el techo y las ventanas las llamas del incendio. Ivan aparece en lo alto de la escalera lleno de ira y con una tea en la mano. Los cosacos salen por varios lados, algunos con teas encendidas.)

KALM. ¡Gran Dios!
IVAN. ¡No está!
KALM. ¡Esa jóven!
¡Hablad sin dilacion!
IVAN. ¡No está!... ¡Pero esas llamas
publican mi furor!

(Suena el toque de clarin de ántes, y los cosacos se animan nuevamente.)

TODOS A UN TIEMPO.

IVAN. De mi coraje víctima sea
todo el contorno, toda la aldea.
¡Hurra, venganza! ¡Hurra, valor!
¡Siga el pillaje, cunda el terror!
KALM. ¡El rudo acero ya centellea!
¡Ya del incendio brilla la tea!
¡Hierve mi sangre! ¡Hurra, valor!
¡Viva la guerra! ¡Viva el terror!
CORO. Brille la espada, brille la tea,
nuestro es el campo, nuestra la aldea.
¡Hurra, valor! ¡Hurra, valor!
¡Viva el pillaje, viva el terror!

(Ivan, con una tea en la mano, en la puerta de la casita. Los cosacos, unos en la escalera, otros asomando en las ventanas de las otras cabañas, otros sobre el monte, otros en la escena. Kalmuff en medio, y mirando con terror hácia la casita de Catalina.)

CUADRO.—CAE EL TELON.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Gran animacion y movimiento: grupos en ámbos lados de diferentes armas.—CANTINERAS.—IVAN recostado sobre la cureña de un cañon.—CATALINA, disfrazada de recluta, sentada en el lado opuesto junto al tronco de un árbol.—RECLUTAS.—TAMBORES, etc., etc.

CORO.

SOLD. ¡Eh! ¡Cantinera! (Llamando.)
Llégate aquí.
(Hablando entre ellos con animacion.)
OTROS. Hoy la batalla
damos por fin.
¡Viva la guerra!
SOLDADOS PRIMEROS. Venga el Dantzik.

A UN TIEMPO.

PRIMER. Eh, cantinera,
llégate aquí.
SEGUND. Hoy la batalla
damos por fin.
(La cantinera se acerca: los dos grupos de soldados se reunen en torno de ella.)
IVAN. Bebed, y cunda el oro que os dí.
SOLD. Echa más. (A la cantinera.)
IVAN. Con él comprar logré la traicion.
Bebed en tanto va á alzar aquí...

SOLD. ¡Echa más!
IVAN. Su altiva frente la rebelion.
SOLD. Dejad, compañeros,
dejad el fusil,
que alegre reposo
la tarde nos dió.
CATAL. (¡Ivan... en este traje!
¡Confusa estoy á fe!
¡Por dicha no me ha visto!)
IVAN. Muchachos, á beber, (Se levanta y se acerca á ellos.)
yo pago, no haya tasa.
SOLD. ¡Que viva el Coronel!
CATAL. (¡Coronel!) (Con asombro.)
SOLD. ¡Pues él nos invita,
brindemos por él,
que tales favores
son raros á fe!
¡Que viva! ¡Que viva!
¡Viva el Coronel!

HABLADO.

IVAN. Gracias. (Viniendo en medio los soldados cerca de Catalina.)
Acepto el brindis... y á mi vez...
CATAL. (¡Oh! ¡Quitémonos de aquí!) (Vase.)
IVAN. Voy á proponer otro.
SOLD. Sí, sí. (Ofreciéndole sus vasos.)
IVAN. Con los vasos de todos. (Extendiendo la mano sobre todos los vasos.)
SOLD. ¡Bien!
IVAN. ¡A que me sigais á donde quiera que yo os conduzca... sea cual fuere el peligro... sean quienes fueren nuestros adversarios!
SOLD. ¡Sí! (Beben á una señal de Ivan.)
IVAN. Pronto lo veremos. Estad preparados á mi voz. No tardaré en reunirme á vosotros. (Se va.)
CANTIN. ¿Qué quiere decir el Coronel con su aire misterioso?
SOLD. 1.° Eso no te importa.
MIGUEL. (Dentro.) ¡Tened compasion de mí!

TODOS. ¿Eh? (Volviéndose.)
COSACO. ¡Adelante, voto á Barrabas!

ESCENA II.

DICHOS, MIGUEL y un COSACO. Miguel con un palo al hombro cogido por en medio. En el extremo del palo y por delante trae una olla de rancho cogida del asa, y atras otra del mismo modo: trae ademas un mandil de ranchero.

MIGUEL. ¿Pero dónde voy yo con esto?
COSACO. Pocas palabras. (Empujándole.)
MIGUEL. ¡Aaaay! (Llorando.)
CANTIN. ¡Calle! ¡El prisionero que Turkey trajo ayer á cuestas.
SOLDAD. ¡A cuestas! (Riendo.)
MIGUEL. Sí. Este señor cosaco me hizo el honor de cargar conmigo.
COSACO. Por no tener otro medio de que me siguiera, so pena de matarle. Pero sus ruegos me ablandaron...
MIGUEL. Dios os lo pre... (¡mal rayo te parta!)
CANTIN. ¿Y quién es ese pobre jóven?
MIGUEL. Servidor...
COSACO. Qué sé yo. Un imbécil.
MIGUEL. Servi... (¡Bárbaro!)
COSACO. Ayer, en el saqueo de la aldea de Viborg, ví que llevaba al cuello un cintillo de perlas; quise quitárselas, se resistia, divisé de léjos algunos aldeanos que venian á socorrerle, y dije... pues todo conmigo, y me eché á mi hombre á la espalda.
SOLDAD. ¡Bravo! (Riendo.)
MIGUEL. (¡Calle, y le celebran la gracia!)
COSACO. Pero como este mozo es tan pusilánime, suplicó que no le hicieran tomar el fusil... y lo han destinado al rancho. Por eso viene conmigo á traeros... vaya, ahí tienes lumbre y lo demas necesario. (Señalándole el fuego y varios cacharros.) Pronto despachas: con calentar y sazonar lo que viene en las ollas... ¡Vamos vivo! (A esta voz Miguel pensativo da un salto de miedo.)
MIGUEL. ¡Ay! Sí, señor, sí. Al instante. (Coloca una de las ollas á la lumbre.) (¡Y yo que en mi vida las he visto más gordas!)
COSACO. ¡Muchachos! ¿Sabeis ya la noticia? (A los soldados.)
CANTIN. ¡Cuál!

COSACO. El Czar llega hoy al campamento.

TODOS. ¡El Czar!

MIGUEL. (Soplando la lumbre con la boca.) (Maldito si sé qué hacer con este guisote.)

COSACO. Como lo oís. Y me alegro. Nunca se ha dejado ver de esta division...

CANTIN. Así es que muy pocos en ella le conocen.

MIGUEL. Se me figura que ya humea. (Mira la olla y prueba el rancho con un cucharon.) ¿A ver? Pues á mí no me sabe á soso.

CANTIN. Su venida es señal de que debe darse pronto una batalla.

MIGUEL. Sí, creo que le falta un poco de sal. (Lo prueba otra vez.)

COSACO. Como que el rey de Suecia está con sus tropas á dos leguas de este campamento... (Repara en Miguel.) ¡Belitre! ¿Te estás comiendo el rancho?

MIGUEL. Si lo estoy sazonando.

COSACO. ¡Voto á mil bombas!... Despacha pronto, ó... (Tira del sable y va á pegar á Miguel. Los soldados le contienen. Miguel corre aturdido al rededor de la olla.)

MIGUEL. Voy allá, hombre, voy allá. (¡Ay! Este bruto me va á partir en dos pedazos si no... ¡En dónde estará la sal! Despachémonos. (Coge un bote de lata y le vierte en la olla, de la cual salen llamas. El cosaco sigue hablando, sin verle, con los demas.) ¡Uf! ¡San Nicolas! ¿Qué demonios es esto? ¡Cielos! ¡He echado pólvora! ¡Ay! ¡Ay! Demos un meneon para que no lo adviertan. Y á todo esto... (Meneando el rancho con un cucharon grande.) mi aldea saqueada... ¿y mi novia?... Dios sabe si alguno de esos tigres... habrá cargado con ella... ó con mi pobre hermana!

COSACO. ¿Está eso ya? (A Miguel.)

MIGUEL. Creo que sí.

COSACO. ¿Por qué lo revuelves tanto?

MIGUEL. Para... que se derrita la sal.

COSACO. Acércanos el rancho. (Los soldados sacan sus cucharas y hacen círculo.)

MIGUEL. Aquí va á ser ella: hoy revientan, de seguro. ¡Dios nos asista! (Trae la olla en medio. Se pone á observarlos: sacan las cucharas, y todos á la vez llevándosela á la boca se quedan con ella entre los dientes, haciendo un gesto de repugnancia y mirándose.)

SOLD. ¡Uf!
MIGUEL. (¡Ay! ¡Ya la cataron!) (Al ver el gesto.)
COSACO. ¿Qué demonios tiene este rancho?
SOLD. ¡Si sabe á azufre!
MIGUEL. (¡Cerca le andas!)
COSACO. ¿Qué has echado aquí? (A Miguel.)
MIGUEL. ¿Yo? Nada.
CANTIN. (Cogiendo la cuchara de un soldado y probando el rancho.) ¡Por mi nombre! ¡Si á lo que sabe es á pólvora!
MIGUEL. (¡Me perdió!)
COSACO. ¿Qué significa esto? ¡Declara pronto! (Le coge.)
MIGUEL. ¡Señor cosaco!... Creed que... ha sido sin querer. Yo la eché creyendo que era sal... Como la pólvora tiene el mismo color...
COSACO. ¿El mismo color?
MIGUEL. Digo, no, al contrario.
COSACO. Yo te haré pagar cara la equivocacion, llevándote á servir de soldado á un regimiento.
MIGUEL. ¡De soldado!
COSACO. Y va á ser ahora mismo.
MIGUEL. ¡Piedad, señor! Yo os prometo guisar mejor en adelante.
COSACO. Nada. (Llevándole al fondo.)
CANTIN. (Redoble dentro.) ¿Ois? Orden general: algo nuevo debe ocurrir.
MIGUEL. ¡Señor cosaco!
COSACO. ¡En marcha! (El cosaco se lleva por fuerza á Miguel.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos el COSACO y MIGUEL: KALMUFF sale por el foro derecha: los reclutas se reunen.

KALM. Ah de los reclutas. ¡Voto á brios! ¿Los reclutas bebiendo con los soldados veteranos?
SOLD. 1.° ¿Por qué no?
KALM. Un recluta no debe coger el vaso en la mano hasta que haya entrado en accion. Suelta tú: esto se bebe así. (Coge el vaso al recluta y bebe.)
CANTIN. ¡Calle! ¡Calle! ¿Qué encuentro yo de extraño en vuestro rostro? (Mirándole.)
KALM. ¿Qué has de encontrar, voto á Luzbel? Mira.
CANTIN. Os habeis quitado la barba.

KALM. Me la han hecho quitar á pesar mio... al darme esta mañana el grado de sargento.

TODOS. ¿De sargento?

KALM. Sí, cuando ménos podia figurármelo. Sargento con destino á la infantería de la guardia... y sin perjuicio de continuar la instruccion de reclutas que ayer pusieron á mis órdenes, y de los que despues han llegado al cuartel general. Hé ahí por qué no quiero que se distraigan de sus deberes... Y... ya saben que la disciplina moscovita manda fusilar á un hombre por la más leve falta. ¡Eh! Muchachos, á formar, que ya es hora de reunirse á su batallon.

CANTIN. ¡Pobrecitos! ¡Tan jóvenes!

KALM. ¿Y qué? ¿Piensas que se batirán por eso con ménos vigor? No á fe mia; en pocas horas han aprendido ayer lo principal de la táctica.

SOLD. (Riendo.) Sí, sí, pero esa no es la sola cualidad que han de tener para acreditarse de buenos y galantes militares. ¿Verdad, Cantinera?

KALM. Poco á poco. Estos muchachos saben lucirse cuando llega la ocasion. ¿A ver? Reclutas, demos á los soldados viejos una muestra de vuestro donaire y gallardía.

TODOS. ¡Sí, sí!

KALM. ¡Firmes! ¡Atencion!

MÚSICA.

(Los Reclutas se forman. Cuatro Tambores (coristas mujeres) á la derecha, cuatro (id.) á la izquierda, y los Reclutas (resto de coristas mujeres y las bailarinas) al frente. Los demas Soldados y cantineras (coro de hombres y comparsas mujeres) detras y por todos lados. Catalina forma entre los Reclutas.)

PRIMERA COPLA.

KALM. Del soldado la prenda mejor
es batirse con duro valor,
sin que sienta su fe vacilar
cuando el fuego comience á estallar.

TAMBORES. ¡Tran!
SOLDADOS y RECLUTAS. ¡Plan! (Indicando un tiro.)
KALM. No le impide su fiera bravura
de las niñas amar la hermosura
y fino ser,
y ser galan,
y aun en torno de un talle hechicero
révolotear.

(Los Reclutas (bailarinas) por la derecha y la izquierda de Kalmuff se adelantan con paso marcado, que á los pocos compases se declara en un baile de carácter polaco.)

RECLUTAS BAILARS.	TAMBORES.	RECLUTAS Y TENORES PRIMEROS.	SEGUNDOS TENORES Y BAJOS.
Bailando.	Tran, tran,	¡Animo y bravura	¡Animo y bravura,
Id.	tran.	no faltarán, no!	voto á san!
Id.	Tran, tran,	Gracia y apostura	Bien por los reclutas.
Id.	tran.	ved si la habrá. ¡Ah!	¡Bueno va! ¡Va!
Id.	Tran, tran.	Es la infantería,	¡Va! ¡Va! ¡Va!
Id.	tran.	por la gallardía,	Bien por la danza.
Id.	Tran, tran,	tropa que en el mundo	¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!
Id.	tran.	no tiene rival.	A la verdad.

TODOS y TAMBORES. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
KALM. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
TODOS y TAMBORES. Es la infantería
tropa sin igual.
KALM. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
TODOS y TAMBORES. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
Es la infantería
tropa sin rival.

(Cesa el baile y vuelven á colocarse en fila.)

SEGUNDA.

KALM. Donde llama la ley militar
allí debe el soldado marchar,
olvidando placeres y amor
á los ecos del rudo tambor.
TAMBORES. ¡Tron!

RECLUTAS y TAMBORES. ¡Tron! (Imitando el tambor.)
KALM. Mas despues que el laurel de la gloria
bravo alcance en reñida victoria,
siente al volver
dicha mayor,
de su bella el amante suspiro
acariciador, ¡ay!
¡Acariciador!

RECLUTS. TAMBORS.	TAMBORES.	RECLUTAS Y TENORES PRIMEROS.	SEGUNDOS TENORES Y BAJOS.
Bailando.	Tan, tan, tan,	Aunque á la victoria	Fiel á la victoria
Id.	tan, tan, tan.	llame el tambor,	y al amor,
Id.	Tan.	nunca la memoria	el recluta es bravo
Id.	Tan.	roba de amor,	y seductor.
		¡no!	¡Va!
Id.	Tan, tan,	Que á la infantería	¡Va! ¡Va! ¡Oh!
Id.	tan,	por su bizarría	Bien por la danza,
Id.	tan, tan,	culto rinde siempre	bien, bien, bien.
Id.	tan.	todo corazon.	Raro primor.

TODOS y TAMBORES. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
KALM. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
TODOS y TAMBORES. ¡A la infantería
ríndese el amor!
(Evolucionando y formándose en columna cerrada.)
KALM. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
TODOS y TAMBORES. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran!
A la infantería
ríndese el amor.

HABLADO.

KALM. ¡Bien por mi vida! Ya veis cómo se aprovechan de mis lecciones. Por el flanco derecho, hileras á la izquierda... marchen.

(A esta voz los Tambores dan con la mano un golpe fuerte y unido al parche de las cajas, y se las echan con uniformidad á la es-

palda, cerrando al mismo tiempo al frente de la columna, y desfilando á la cabeza de los Reclutas, que mandados por Kalmuff se van por el fondo izquierda del público.)

ESCENA IV.

SOLDADOS, CANTINERAS, el MAYOR DALOWITZ por el foro derecha. Despues IVAN.

DALOW. Que todos se reunan (Dirigiéndose á los Soldados.) inmediatamente á sus respectivos batallones. (Los Soldados y Cantineras saludan y se van.)

IVAN. Mayor Dalowitz, ¿qué tenemos?

DALOW. Que el Czar debe llegar de un momento á otro.

IVAN. ¡Oh! Mis conjeturas eran fundadas. Bien hice en reunirme ayer al ejército. ¿Estais seguro de vuestros soldados?

DALOW. Sólo aguardan la señal convenida.

IVAN. Bien. Yo respondo de los cosacos.

DALOW. Sin embargo... la repentina promocion que ayer trajo el mensajero del Czar para ese Kalmuff...

IVAN. ¿Kalmuff? Le conozco y cuento con él. Nada temais En cuanto asomen las tropas del rey de Suecia, nuestros soldados se unirán á ellas, y el Czar no escapará de este lazo: yo os lo fio.

DALOW. Silencio: alguien viene.

IVAN. Quitémonos de aquí. (Se separan y saludan, yéndose por distinto lado.)

ESCENA V.

La CANTINERA y CATALINA de recluta.

CANTIN. (Saliendo detras de Catalina, que viene apresurada.) ¡Jée! ¡Buen mozo! ¿Creeis que no hay más que hacerse servir un vaso de agua y rom... sin tener con que pagarlo?

CATAL. (¡Y mi bolsillo que no parece!) Perdonad, luégo os satisfaré el importe. Creí llevar el dinero que traje de la aldea... y... no sé... A ménos que no me lo hayan quitado.

CANTIN. ¡Pobre muchacho! Es muy posible. Aquí en descuidándose un poco... vaya... por esta vez... estamos en paz.

CATAL. ¡Ah! ¿De veras? (Cogiéndola la mano por un movimiento natural de su sexo.) ¡Oh! ¡Mil gracias!

CANTIN. ¡Calle! ¡Calle! ¡Cómo me aprieta la mano!

CATAL. (Queriendo retirarla.) ¡Oh!

CANTIN. No, no: si yo no lo llevo á mal... (¡Qué guapo es!)

CATAL. Perdonad mi inadvertencia. (Separándose.)

CANTIN. ¿Por qué? Cuando hay simpatías...

CATAL. (Queriendo irse.) Sois muy amable.

CANTIN. (Siguiéndole.) ¿Sí? Pues todos me dicen lo contrario. Es verdad que todos no son tan finos como vos, y tan... galantes... y tan... (De pronto.) ¡Ay! ¡Qué soso es! (Viendo que Catalina está indiferente.)

CATAL. Creed que mi reconocimiento... (Friamente.)

CANTIN. Si, se agradece. (Pues no se pavonea que digamos porque una ha estado con él un poco tratable: no, pues cuando yo le vuelva á dar los buenos dias...) (Vase.)

CATAL. (Sola.) ¡Qué situacion! Si mi hermano no viniera al fin de esta semana... no sé cómo podria yo continuar... ¿Pero será cierto lo que oi anoche en el campamento? Nuestra aldea saqueada... ¡Oh! ¡No lo quiera Dios! ¡Preferiria mil veces que mi hermano me hubiese olvidado por la que ama! ¡Al ménos esta ingratitud no seria la única!... ¡Otra más cruel... destroza mi corazon! ¿Y ese hombre... ese Ivan... cómo explicarme?... (Se queda apoyada en un árbol y pensativa.)

ESCENA VI.

CATALINA y KALMUFF.

DUO.

KALM. (Saliendo por el fondo.) Ya dejo á mis Reclutas
durmiendo en el vivac.

CATAL. ¡Gran Dios!
(Reparando en él y volviéndole la espalda.)

KALM. ¿Eh? ¿Quién es ese
(Reparando en Catalina y llamándola.)
que allí parado está?
¡Recluta! (Llamando á Catalina.)

CATAL. (¡Soy perdida!
¡A conocerme va!)

KALM. ¡Recluta!

CATAL. (¡No hay remedio!)
KALM. ¡Eh! Media vuelta.
March...
(Se acerca y la coge del brazo, volviéndola hácia él. Al verla retrocede sorprendido.)
¡Voto á mi nombre!
CATAL. (Muy derecha y afectando el aire de un soldado.)
(¡Serenidad!)
KALM. Tal semejanza
no ví jamas.
Es ella. Sí. Es la linda
muchacha angelical
que ayer... ¡Oh! ¡No es posible!
CATAL. (Vacila.)
KALM. ¡Ello dirá!
(Se acerca á ella mirándola de hito en hito.)
¡Recluta!
CATAL. ¡Ay Dios!
KALM. Acércate.
Responde la verdad.
(Piensa como interrogarla.)
Cual es tu... la pregunta
ya tiene que estudiar.
¿Cual es... cual es tu nombre?
CATAL. Miguel.
KALM. ¿Miguel?
CATAL. Cabal.
KALM. Entonces no eres ella.
CATAL. ¿De quien quereis hablar?
KALM. ¡De una graciosa cantinerita,
cuyo recuerdo mi mente ágila,
cuya hermosura me cautivó,
y á quien mi pecho su fe rindió!
¡Di s. eres tu!
CATAL. ¡Rara aprension! (Riendo.)
KALM. Esa es su risa.
CATAL. Pues no soy yo.
KALM. ¿No?
CATAL. No.
Esa graciosa cantinera
que á vuestro pecho la paz se quitó,
que así trastorna vuestra razon,

y que os inspira tanta pasion,
puedo jurar...

KALM. No mientas, no.

CATAL. Puedo jurar
que no soy yo.

LOS DOS.

KALMUFF. CATAL. (Riendo para más disimular.)

No me convences, ¡No he visto nunca
no. no,
Que esa es su dulce tan singular
voz. error!
Que esos tus ojos Puedo juraros,
¡ay! ¡sí!
los suyos son. que no soy yo.

KALM. (¡Demonio! Bueno fuera
que yo en la duda,
necio echase piropos
á este granuja.)

CATAL. ¿Eh? ¿Qué decís? (Acercándose.)

KALM. ¡Que te vayas al diablo! (Enfadado.)

CATAL. ¡Bien! (Corriendo hácia el foro.)

KALM. ¡Alto ahí! (Catalina se detiene con despecho.)
Ven á beber un trago.

CATAL. ¿Un trago? Es poco á fe.

KALM. Bebamos dos si quieres. (Admirado.)

CATAL. Lo ménos... quiero diez.

KALM. (¡Caspita! ¡Pues no es!)

CATAL. ¿Fumais? Venga tabaco
(Le quita á Kalmuff una pipa que éste tiene en la mano.)
si es negro cual la pez.

KALM. ¡Aprieta! ¡Vaya un nene!

CATAL. ¡Fumemos! (Con la pipa en la boca.)

KALM. ¡Bravo!

CATAL. ¡Bien!
(Kalmuff se queda confuso. Catalina aprovecha este momento, y tomando un aire resuelto exclama.)
Con fuego en la pipa
y al hombro el fusil,
ya pueden llevarme
de Rusia á Pekin.

¡Arda pues el tabaco,
arda sin fin!
Que al aroma que exhala
me quiero aturdir.
¡Arda la pipa,
arda sin fin,
y vivan los reclutas
de este pais!

KALM. (A fe que el mancebo
no es grano de anís:
buen chasco me ha dado
su rostro infantil.)

CATAL. ¡Arda pues el tabaco,
arda sin fin!
Que al aroma que exhala
me quiero aturdir.

KALM. ¡Arda la pipa!

CATAL. ¡Arda sin fin!

LOS DOS. ¡Que vivan los reclutas
de este pais!
¡Arda sin fin!
¡Arda sin fin!
¡Y vivan los reclutas
de este pais!

HABLADO.

KALM. Mancebo, aunque debiera castigarte por no estar como los demas en el vivac... te perdono por esta vez en gracia de tu gentileza y buen continente. Vaya, dame esa mano. (Le estrecha la mano.) ¡Eres todo un hombre!

CATAL. Ya se ve que sí.

KALM. Por más que cualquiera se hubiera equivocado como yo al mirar... ¡Qué! ¡Si eres un vivo retrato de mi linda cantinera de Viborg!

CATAL. ¡Calle! ¡Una cantinera de Viborg!

KALM. Sí.

CATAL. ¡Guapa! De ojos negros.

KALM. ¡Ajá!

CATAL. ¡Que vende aguardiente de Dantzik!

KALM. Justo.

CATAL. ¡Si es mi hermana!

KALM. ¡Ah torpe! Ya lo comprendo. ¡Este es el hermano tan tímido de quien ella me hablaba!... ¿Pues me gusta la timidez! ¡Ahora sí que somos amigos!

CATAL. ¿De veras?

KALM. ¡Hola! ¿No te disgusta? ¡Ya lo creo! ¡Amigo de un sargento!

CATAL. En efecto. No habia reparado...

KALM. De un sargento... que ademas tiene llenos de oro los bolsillos.

CATAL. ¿Eh? ¡Será posible!

KALM. ¡Y tan posible! (Con misterio.) Anoche me llamó aparte mi coronel, y dándome una bolsa llena de oro y unos papeles... me dijo... Para tí.

CATAL. ¡Calle! ¿Así... como suena?

KALM. Así como suena. ¡Ya ves qué generosidad! Pero no es eso todo. Esta mañana me volvió á dar otro bolsillo y me preguntó... ¿Estás pronto? Yo dije... Sí, mi coronel, y alargué nuevamente la mano. Pero él repuso: Bien, sigue mis instrucciones... y cuenta para ello con todo el dinero que necesites.

CATAL. ¡Cosa más singular! ¿Y esos papeles... los habeis leido?

KALM. No. Porque... como nunca esperé llegar á sargento he descuidado un poco la letra y...

CATAL. (Riendo á carcajadas. Kalmuff rie tambien.) Comprendo.

KALM. Pero si tú puedes enterarme de su contenido... (Sacándolos.)

CATAL. ¡Vaya! Como que leo correctamente.

KALM. Pues toma: (Dándoselos.) á ver lo que dicen.

CATAL. Dicen... (Leyendo.) «Gratificaciones para el sargento Kalmuff...»

KALM. ¡Toma! Eso ya lo sabia yo. Como que las tengo en el bolsillo. ¿Eh? ¿Qué es eso? (Suena un tambor que bate marcha regular y Kalmuff sube hácia el fondo: mientras tanto Catalina examina los papeles y lee para sí-)

CATAL. (Leyendo, en voz baja.) «Señales que anunciarán la insurreccion...» (Con sorpresa.) No entiendo...

KALM. ¡Vete! ¡El General se acerca! (Desde el fondo.)

CATAL. ¡El General!

KALM. Sí, sí: marcha y espérame en la cantina que hay junto al rio... ¡Ah! (Se cuadra en el fondo.)

CATAL. (¡Oh! Sepamos lo que esto significa.) (Vase llevándose los papeles.)

ESCENA VII.

KALMUFF, que permanece en el fondo, cuadrándose al ver á sus jefes. El General IMALOFF viene lentamente y apoyándose en el brazo derecho de IVAN. Detras de ellos el Mayor DALOWITZ y tres Ayudantes: en seguida seis ú ocho Soldados sin sables ni fusiles.

GENER. Así, pues, Coronel, (Andando y hablando con Ivan.) espero á S. M. de un momento á otro, aunque ignoro qué camino trae y á qué hora llegará. Pero vos, á quien suele confiar todos sus planes...

IVAN. Sí: excepto en esta ocasion. Su Majestad partió ayer de la aldea donde nos hallábamos, sin darme el menor aviso.

GENER. No lo extraño. El mensaje que yo le envié era demasiado grave.

IVAN. ¡Ah!

GENER. Pero... Francamente, Coronel Ivan, si no llega hoy mismo el regimiento de tártaros y el de granaderos de Smolenk, mucho me temo que la presencia del Czar aumente, léjos de disminuir, los peligros que nos cercan.

IVAN. ¿Cómo?

GENER. El enemigo está á la vista... y en el campamento se agita una conjuracion... Perdonad, luégo hablaremos de esto. (Viendo á Kalmuff.) Sargento Kalmuff, oid.

KALM. ¡Mi General!

MAYOR. ¡Veis lo que yo os decia! (Ap. á Ivan, y señalando á Kalmuff, á quien el General da algunas órdenes.)

IVAN. (Ap. al Mayor.) Os repito que yo respondo de él.

(El General se separa de Kalmuff, y haciendo una seña á Ivan y los otros, se va con ellos por la derecha. Kalmuff queda cuadrado y dice al verse solo.)

KALM. ¡El General en jefe... qué honor! Me promete... cincuenta palos si sus órdenes no son ejecutadas inmediatamente. ¡Vivo! ¡Despachad! (Volviéndose á los Soldados que vinieron con el general y que están formando una tienda de campaña.) U os doy sobre la marcha... lo que el General me ha prometido.

(Los Soldados forman la tienda levantando un gran lienzo que se apoya en el segundo bastidor de la izquierda del público. Este bastidor figura un árbol grande. La tienda se apoya por el fondo en una columna de madera que los soldados colocan, y por la derecha en otras dos. Esta tienda ocupa desde el referido bastidor de la izquierda del público hasta frente de la concha del apuntador. Está abierta al público, cerrada por el fondo y el lado izquierdo, y tiene en el derecho una puerta con cortinas. El espacio desde la concha del apuntador á los bastidores de la derecha del público queda libre, dejando ver por consiguiente el fondo, etc. En el primero de estos bastidores, hay una garita que da frente á la puerta de la tienda: ésta debe ser sumamente fácil de armar y desarmar.)

ESCENA VIII.

SOLDADOS, KALMUFF, un Cabo, dos Soldados y MIGUEL con un fusil al hombro saliendo por la derecha.

KALM. Por aquí, cabo de escuadra, por aquí.

MIGUEL. (Dios sea conmigo.)

KALM. Es preciso colocar estos centinelas... el uno al lado izquierdo de la tienda... El otro en ese espacio... (El Cabo se va con los Soldados.)

MIGUEL. (Viendo que lo dejan solo.) ¿Y yo? (Muy alto.)

KALM. ¡Silencio! (Volviéndose.)

MIGUEL. Ya me callo. (Sosteniendo con trabajo el fusil.) (¡Caramba! Este fusil pesa más que un cañon de á treinta y seis.) (De pronto echa á andar hácia el fondo.)

KALM. ¡Tú te quedas aquí!

MIGUEL. ¿Yo me quedo? (Soltando el fusil y sentándose en el suelo.) Pues me alegro muchísimo.

KALM. ¡Arriba!

MIGUEL. ¡Ay! (Levantándose asustado.)

KALM. O te mando dar treinta palos.

MIGUEL. ¡Cáspita! (Echándose el fusil al hombro.) Me voy con el Cabo de escuadra. (Va á irse.)

KALM. (Con imperio.) ¡Quieto!

MIGUEL. (¡Santo Cristo, y qué fiera!)

KALM. Voy á colocarte aquí de centinela junto á esta tienda... que el General ha mandado disponer para un oficial superior.

MIGUEL. (Con familiaridad.) Bueno. ¿Y quién es ese oficial supe?...

KALM. Eso no te importa. (Interrumpiéndole.) ¡Al hombro!

MIGUEL. Bien, tiempo hay...

KALM. No hay que replicar. (Con voz de mando.) Al hombro.

MIGUEL. ¡Ya lo oigo! (¡Qué gritos! ¡Pues aunque fuera uno sordo!) (Obedeciendo.)

KALM. Y dos pasos al frente.

MIGUEL. ¿A qué frente?

KALM. Hácia mí, torpe.

MIGUEL. ¡Ah, ya! (Los da.)

KALM. La consigna es pasear de esta tienda á la garita...

MIGUEL. Eso no es difícil.

KALM. Y de no permitir que nadie permanezca en este sitio. Ademas... te se prohibe mirar ahí dentro... (Señala la tienda.) Tu deber es estar de centinela y nada más.

MIGUEL. Comprendo.

KALM. Yo mismo vendré despues para que seas relevado. Cuenta con olvidar mis órdenes. Seguidme vosotros. (A los Soldados que han puesto la tienda, y yéndose con ellos.)

MIGUEL. De la garita á la tienda... y de la tienda á la garita... y ademas... (Mirando al interior de la tienda.) se me prohibe mirar ahí dentro. Pues señor, sólo me faltaba... no, miento: lo que me falta es que se arme la batalla y me den un balazo... ¡Ay!... Quién me hubiera dicho... ¿Eh? ¿Quién viene hácia aquí? Parecen oficiales... A la garita. (Entra en ella.)

(Durante esta escena que acaba de terminar, los Soldados han formado la tienda y puesto en ella una mesita y un asiento de terciopelo y de forma particular; ponen sobre la mesa una botella y vasos. Miguel se pasea en el espacio que hay de la garita á la puerta de la tienda.)

ESCENA IX.

PEDRO, IMALOFF, IVAN, dos AYUDANTES que permanecen en el fondo. Pedro entra vivamente en la tienda seguido de Imaloff y de Ivan. Viene con un sencillo uniforme abrochado.

PEDRO. Basta, General, basta.

GENER. Perdone V. M. si al verle llegar solo y con ese uniforme de capitan, no le reconocí desde luégo.

PEDRO. Eso precisamente es lo que yo deseaba. Pero no es á vos solo á quien quiero sorprender; así, pues, General, para vos, como para todo el mundo, no soy más que el Capitan Pedro Micheloff que viene á anunciaros que el ejército de Suecia...

GENER. ¿Se retira?

PEDRO. Debe al rayar el dia caer sobre nuestras tropas, que seran envueltas y derrotadas si Dios no las protege.

GENER. ¡Qué oigo!

IVAN. (Cómo puede saber...) Señor, esas noticias...

PEDRO. Las he adquirido yo mismo, Ivan, porque vengo del campo enemigo, en donde he podido penetrar disfrazado.

GENER. Cómo, señor, exponeros así...

PEDRO. En cuanto á ese espíritu de rebelion que se manifiesta en vuestros soldados y que os ha hecho invocar aquí mi presencia... nada temais. Los tártaros y los granaderos de Smolenk llegarán á tiempo, si como os envié á decir les habeis dado aviso.

GENER. Esta mañana envié un ayudante de campo...

IVAN. (Que es de los nuestros y no ha obedecido la órden.)

PEDRO. Tomad: (Dándole unos papeles.) cumplid estas instrucciones; de la prontitud en su ejecucion depende nuestra victoria ó nuestra derrota. Os conozco bien, General, y sé que puedo confiaros esta comision.

GENER. ¡Ah señor! Mi vida es de V. M.

PEDRO. No os detengais. (Pausa. La noche empieza á venir. El General saluda y se va. Pedro se sienta pensativo.)

IVAN. (Ap. observando á Pedro.) Es preciso inutilizar su energía ó somos perdidos sin remedio. (Alto á Pedro y con respeto.) Si quereis estar solo... (Miguel continúa en la garita.)

PEDRO. No, Ivan, quédate. La fatiga del dia... Los recuerdos que desde ayer me asaltan á mi pesar... ¡Oh! No: ¡yo no debo pensar más en ella! Es una locura... un... (Haciendo un esfuerzo sobre sí.) Ivan, sírveme de beber; ¡bebamos juntos como hace algun tiempo cuando éramos más jóvenes, más alegres!... Cuando nada inquietaba nuestras almas, ni nuestra razon.

IVAN. Señor...

PEDRO. (Con fuerza.) ¡Llena los vasos!... ¡Quiero dominar mis

ideas! Quiero... quiero enviar al diablo, hasta que llegue el momento de la batalla, todo cuanto pueda atormentarme.

IVAN. Obedezco. (Le sirve de beber.)

ESCENA X.

DICHOS, CATALINA por el primer bastidor de la derecha del público, trayendo en la mano los papeles que le dió Kalmuff.

CATAL. (Ap.) ¡Ah! ¡Qué horrible trama! ¿Y qué hacer? Esos hombres cuentan con casi todo el ejército. ¿A quién dirigirme que no sea conjurado y me haga pagar con la vida mi indiscrecion?... El Czar está perdido, no hay duda. Estos papeles hablan de dos regimientos que le son fieles, que están muy cerca de aquí, y á los cuales temen los conspiradores.

MIGUEL. ¡Jee! Arriba ó bajo. (A Catalina sin conocerla.)

CATAL. ¿Cómo?

MIGUEL. No se permite pararse en este sitio.

CATAL. ¡Cielos! Esa voz...

MIGUEL. ¿No me habeis oido? ¿Teneis gusto de que me den treinta palos por culpa vuestra? ¡Cáspita, que se acerca! (Catalina se acerca.) ¡Atrás, atrás, ó... (Calando bayoneta.) ¡Cielos! (La reconoce y deja el fusil.)

CATAL. ¡Miguel! (Asombrada.)

MIGUEL. Catalina, tú aquí, con ese traje... ¡Oh! ¡Pobre hermanita! Yo lo comprendo todo. ¡Has venido en mi lugar!

CATAL. Pero tú...

MIGUEL. Yo he sido hecho prisionero. La aldea ha sido saqueada... y Berta, yo no sé lo que ha sido de ella. No la he vuelto á ver.

CATAL. ¡Dios mio!

MIGUEL. En el entre tanto, héme aquí de centinela, sin esperanza de verme libre; sin que...

CATAL. ¡Oh! ¡Qué idea!

MIGUEL. ¿Cuál?

CATAL. (Reflexionando.) Un servicio semejante seria recompensado con su libertad.

MIGUEL. ¿Eh? ¿Qué?

CATAL. (Vivamente.) Miguel, tú sabes correr con una ligereza increible.

MIGUEL. Sí, es en lo que confio cuando empiece la batalla.

CATAL. (Vivamente.) Pues bien: vas á ir inmediatamente á una legua de aquí, á la aldea de Lusant, en donde hay dos regimientos rusos.

MIGUEL. ¿Cómo?

CATAL. Busca á sus jefes y diles que si no están en el campamento al amanecer, el Czar es perdido sin remedio.

MIGUEL. Pero...

CATAL. Toma: estos papeles harán que te den completo crédito. Corre: en ello va ademas tu libertad.

MIGUEL. Bien, bien: pero ¿cómo dejo mi puesto?

CATAL. Yo quedo en él; dame tu fusil.

MIGUEL. Señor, qué significa... quieres explicarme...

CATAL. Despues... apresúrate por Dios; y sobre todo que nadie te vea partir, y que guardes cuidadosamente esos papeles.

MIGUEL. Voy al punto.

CATAL. Yo te espero aquí en el campamento. ¡Corre!

MIGUEL. Sí: más que un galgo. (Vase.)

CATAL. ¡Ah! Quiera Dios que llegue á tiempo.

(Catalina se coloca de centinela en la garita. La luz de la luna inunda el valle.)

PEDRO. (En la tienda y bebiendo.) A nuestra vida pasada. A nuestros dias de amor y de libertad!

(Ivan lo mira, y léjos de continuar bebiendo, vierte en el suelo el vino sin que Pedro lo note.)

IVAN. (¡Ah! qué idea!) ¡Veo que aun apuramos las botellas como entónces! ¡Por mi nombre! ¿Por qué fueron tan breves aquellos años de placer?

PEDRO. Porque la juventud es corta, Ivan. (Bebiendo.)

IVAN. Sí: excepto cuando el corazon no envejece. (Risas dentro.)

PEDRO. ¡No escuchas! (Levantándose.)

(Un grupo de Cantineras sale por el fondo con la que apareció en las escenas anteriores. Ivan se asoma levantando la cortina que hay á la puerta de la tienda.)

IVAN. Son nuestras cantineras que se retiran á descansar.

CANTIN. (A sus compañeras.) ¡Mirad qué tienda tan adornada! Pues hace poco no estaba aquí.

IVAN. (En la puerta, teniendo la cortina; pero con la cabeza vuelta hácia

Pedro.) ¿Os acordais de aquel banquete en el campamento de Moscou?

Pedro. ¡Sí, por vida mia!

Cantin. (Acercándose á la tienda con las demas Cantineras.) ¿Desean los señores oficiales un vaso de rom?

Ivan. ¡Graciosa muchacha!

Cantin. ¡De veras! Pues comprad (Entrando en la tienda con todas las demas.) bizcochos y licores... hacednos la merced...

Pedro. (Alegre.) En hora buena.

Ivan. Sí, servidnos de lo mejor.

Cantin. Al instante, señor oficial. (Sirven de beber.)

Ivan. ¡Oh! llenad los vasos, y puesto que habeis entrado en la tienda, bebed con nosotros... (Mirando á Pedro.) si el Capitan lo permite.

Pedro. (Animándose.) Dices bien.

Cantin. Con mucho gusto.

Ivan. ¡Bravo! ¡Ea, muchachas... (Brindando.) á la salud del Capitan!

Todas. (Brindando y con animacion.) A la salud del Capitan.

Pedro. (Alegre.) Gracias, muchachas.

Catal. (Paseando con el fusil al hombro en el espacio que hay entre la tienda y la puerta.) ¿Qué pasa en esa tienda? (Se acerca con precaucion para no ser vista.) Si yo pudiera ver sin que lo notaran...

Ivan. (Su razon comienza á extraviarse.)

Pedro. ¿Qué os detiene? Bebed. (A las Cantineras.)

Catal. (Mirando por entre las cortinas y exclamando aparte con gran sorpresa.) ¡Cielos!.. ¡Ese hombre... sí, no me engaño! ¡Es él!.. ¡Pedro! ¡Pedro con uniforme de oficial! ¿Qué significa esto, Dios mio? ¡Ivan está á su lado! ¡Ah! ¡Ya no me queda duda!.. ¡Me engañaba!.. ¡Sólo quiso burlarse de mí! (Risotadas de las Cantineras.)

Ivan. ¡A beber! (Todos brindan.)

Pedro. A beber.

Catal. Y esa fiesta, esas mujeres... (Quiere entrar.) ¡Oh! (Deteniéndose.) ¡Yo estoy loca; me rechazaria de su lado! ¡Se reirán de mi dolor! ¡Ay! ¡Las fuerzas me abandonan! (Se apoya contra la garita.)

COPLAS BÁQUICAS.

PEDRO. (Ya aturdido por el licor.)

¡Mirad cómo chispea (Con el vaso en la mano.)
la espuma del licor,
cuál rojo centellea
su límpido color!
En tanto la batalla
no alumbre el nuevo sol,
graciosas Cantineras,
bebamos sin temor.
¡Llenad de rom el vaso!
¡Llenadlo, vive Dios!

(Le sirven de beber y exclama levantando el vaso.)

—

¡Rom
hasta que zumbe el cañon!
¡Bien!
¡Venga Ginebra tambien!
¡Bien!
¡Que la Ginebra y el rom
son, vive Dios,
nuestra delicia mayor! (Bebe.)

—

IVAN y CANTINS. (Chocando los vasos y moviendo la cabeza á compas.)

¡Rom,
hasta que zumbe el cañon!
¡Bien!
¡Venga Ginebra tambien!
¡Bien!
¡Que la Ginebra y el rom
son,
nuestra delicia mayor! (Beben.)

CATAL. (Ap.) ¡Ah! ¡Me ahogan los celos y el despecho! (Hablado.)

SEGUNDA COPLA.

PEDRO. (Más embriagado.)

El vaso ya se apura,
ya suena en derredor
de amor y de locura
el canto seductor.

¡Hermosa está la noche!
¡Alegre el corazon!
¡Graciosas cantineras,
bebamos sin temor! (Como ántes.)

—

¡Llenad de rom los vasos!
¡Llenadlos, vive Dios!

—

¡Rom,
hasta que zumbe el cañon!
¡Bien!
¡Venga ginebra tambien!
¡Bien!
¡Que la ginebra y el rom
son, vive Dios,
nuestra delicia mayor!

(Ivan y Cantineras repiten como ántes. Cesa la música.)

HABLADO.

PEDRO. (Cayendo en el sillon.) ¡Ivan! Un bolsillo de oro á estas lindas muchachas.

CANTIN. ¡Un bolsillo de oro!

IVAN. ¡Tened, y retiraos! (En voz baja.)

CANTIN. Sí, sí, os dejamos: hasta mañana, señores mios: ya volveremos por aquí. (Pedro deja caer la cabeza sobre la mesa.)

CATAL. ¡Oh! (Entrándose en la garita.)

CANTIN. (Ya fuera de la tienda y á sus compañeras.) ¡Qué generosos! Si pagan siempre lo mismo, bien se les puede servir de balde. (Se van.)

ESCENA XI.

PEDRO, IVAN, CATALINA. Una larga pausa. Música piano en la orquesta. A los primeros compases Ivan contempla á Pedro aletargado. Catalina en la garita. Despues de los compases de orquesta empieza el siguiente

CANTO.

IVAN. (Durmiendo está... no hay duda.
Al fin la embriaguez
sus párpados cerró.)
PEDRO. ¡Muchachas, á beber! (Soñando.)
IVAN. (Observándole.)
Sueña.
PEDRO. ¡A beber!
IVAN. (Escuchando.)
Silencio reina en torno.
¡Le tengo en mi poder!
Propicio es el momento.
¿Qué haré?
PEDRO. Brindad... (Soñando.)
IVAN. ¿Qué haré?
PEDRO. (Soñando.)
¡El vaso ya se apura! (Ivan lo mira.)
Ya suena en derredor
de amor y de locura
el canto seductor.

—

CATAL. ¡En vano su impaciencia
(Saliendo de la garita, sin el fusil.)
reprime el corazon!
IVAN. Aquí su airada suerte
le entrega á mi rencor. (Mirándolo. Pausa.)
DENTRO. (La voz de un centinela.)
¡Alerta!
(Más lejana.)
¡Alerta!
(Ivan aplica el oido con cierto recelo, y tambien Catalina, que en seguida se acerca á la tienda y mira por las cortinas como ántes. Sigue la orquesta.)
CATAL. Reposa. (Mirando.)

IVAN. Estamos solos.
¿Por qué dudar, por qué?
El golpe que anhelaba
seguro puede ser.

CATAL. ¿Qué dice? (Mirando.)

IVAN. Mis parciales
acaso cerca estén.
¡Valor, venganza!

CATAL. ¡Cielos! (Sobresaltada.)

IVAN. ¡Y muera en fin!
(Sacando el puñal y levantándole contra Pedro.)

CATAL. ¡Ah! (Da un grito y corre á la garita.)

IVAN. ¡Quién!
(Al grito sale sobresaltado á la puerta de la tienda, y mira á todos lados con pavor.)

PEDRO. (Soñando.) ¡Hermosa está la noche,
alegre el corazon!

IVAN. ¡Oh terror! (Inmóvil á la puerta.)

PEDRO. ¡Graciosas Cantineras,
bebamos sin temor! (Soñando.)

A DOS.

IVAN. (Inmóvil á la puerta.) ¡Oh terror!

CATAL. (En la garita.) ¡Qué traicion!

DENTRO. (Una voz de centinela.) ¡Alerta!
(Otra más lejos.) ¡Alerta!

KALM. ¡Alerta, vive Dios! (Apareciendo al frente de una patrulla. En este momento Catalina, arma al brazo, sale de la garita y se queda de centinela junto á ella.)

IVAN. ¡Ah! (Al ver á Catalina, á quien cree un soldado, se va corriendo por el fondo derecha del público, y como concibiendo otra idea. Kalmuff desaparece con la patrulla. Música en la orquesta.

ESCENA XII.

PEDRO, CATALINA, despues KALMUFF y la patrulla. Catalina mira desde la garita con ansiedad. Ivan se aleja. Al verse sola deja el fusil, mirando por donde se fué Ivan: despues se acerca á la puerta de la tienda y mira por entre las cortinas. Pedro comienza á volver de su letargo.

CATAL. ¡Partió!... ¡Ah! ¡Corramos!... (Mira por entre las cortinas.) Gracias, Dios mio, se ha salvado.

CANTO.

KALM. (Dentro.) Alerta, que la ronda
vigila por do quier.
Alerta, centinela,
tu puesto guarda fiel.
CATAL. (Sola.) Inmóvil á esta puerta
yo he de velar por él.
KALM. (Saliendo con la patrulla.)
Alerta, que la ronda
vigila por do quier.
Alerta, centinela,
tu puesto guarda fiel.
CATAL. (Ap.) Yo he de velar por él.
KALM. ¡Guarda fiel!
¡Guarda fiel! (Cesa la música.)

(Kalmuff se dirige hácia la garita. Catalina no hace atencion á la patrulla. Kalmuff se para de pronto á corta distancia de la garita.)

KALM. ¡Centinela! (Pausa.) ¿Se ha dormido? Centi... ¿eh? ¿Qué es esto? (Mirando la garita.) No está, ¡y ha abandonado el fusil!... (Repara en Catalina.) ¡Calle, no sólo quebranta la consigna, sino que espía lo que pasa en esa tienda! ¡Eh! (Coge del brazo á Catalina.)
CATAL. ¡Dejadme!
KALM. ¡Cómo, perillan! ¿Eras tú? ¿Y el centinela que yo ántes dejé?
CATAL. Estoy llenando su puesto.

KALM. ¿Su puesto? Ven arrestado.

CATAL. No me alejaré de este sitio. (Sin querer separarse de la puerta de la tienda.)

KALM. ¡Insolente!

CATAL. ¡Oh!... ¡Dejadme! Yo os lo ruego... yo os contaré...

KALM. ¡Sígueme, repito!

CATAL. Mil veces no.

KALM. ¿Así faltas á la disciplina?

CATAL. ¿Eh? ¿Qué me importa?

KALM. ¡Sabes que te expones á un terrible castigo! ¡Ven! (Impaciente y cogiéndole del brazo.)

CATAL. (Resistiendo.) No, no.

KALM. Lo veremos. (Luchando con ella.)

CATAL. ¡Vive el cielo! ¡Soltad! (Le da un bofeton.)

KALM. ¡Oh!

CABO. ¿Qué has hecho, desdichado?

CATAL. (A Pedro, lanzándose dentro de la tienda; Kalmuff y el Cabo entran detras de ella.) ¡Salvadme!

KALM. ¿Un capitan? ¡Justicia, mi capitan!

CATAL. Protegedme.

PEDRO. (Embriagado y aturdido.) ¡Qué! Idos de aquí: ¿por qué venis á impacientarme?

KALM. ¡Ese soldado ha abandonado su puesto y ha hecho resistencia contra mí, su sargento, dándome un bofeton!

PEDRO. Pues bien: que se cumpla la ordenanza; dejadme.

CATAL. ¡Escuchad! (A Pedro.)

PEDRO. (Impaciente.) Idos.

KALM. Es que la ordenanza lo manda fusilar.

PEDRO. ¡Cumplidla pues!

CATAL. ¡Cielos! ¡No, no, soltad! (Al Cabo, que quiere llevársela.) ¡Oh! ¡Dios mio, haz que mi acento penetre en su corazon!

KALM. ¡Voto á!... Casi me arrepiento...

CATAL. ¡Pedro!... ¡Pedro!... (Echándose á sus piés y queriendo que Pedro la reconozca.)

KALM. ¿Qué hace?

CATAL. ¡Mírame bien! ¡Reconoce mis facciones, soy yo!

KALM. ¡Cómo! (Sorprendido.)

PEDRO. (Aturdido por la embriaguez y mirándola vagamente.) Tú... no te conozco... obedeced. (Impaciente á Kalmuff.)

CATAL. ¡Ah, la embriaguez no le permite verme, oirme! (Con indignacion.)

CABO. (Cogiéndole del brazo.) Venid.

CATAL. (Aun de rodillas.) ¡Y deja que me arranque de su lado!... Pues bien, Pedro, ¡adios! ¡Pero no olvides que eres tú quien pronuncias mi sentencia de muerte!

CABO. Partamos. (Se la llevan el Cabo y los Soldados.)

CATAL. ¡Yo te perdono! (Desde la puerta. Se van.)

ESCENA XIII.

PEDRO, KALMUFF. A las últimas palabras pronunciadas por Catalina, Pedro alza la cabeza con la energía propia de momento tan supremo, mira á Catalina y da un grito.

PEDRO. ¡Ah! (Música en la orquesta.)

KALM. ¡Qué palidez! ¡Cielos! ¡Yo conozco á este hombre! (Pedro se lleva la mano á la frente y procura reunir sus ideas. La conmocion violenta que acaba de experimentar no ha hecho desaparecer todavía la embriaguez. Hay en él un momento de lucha entre la embriaguez y la razon. Kalmuff le observa con asombro. Por fin Pedro domina su letargo y exclama extendiendo los brazos.)

PEDRO. ¡Deteneos! (Lanzándose fuera de la tienda.)

KALM. ¿Qué quereis decir, capitan?

PEDRO. ¡Esa semejanza, esa voz! ¡Sus últimas palabras! ¡Ah! ¿Dónde está?

KALM. ¿De quién hablais?

PEDRO. (Con gran agitacion y como fuera de sí.) ¡De ese soldado! Yo quiero verle, yo quiero interrogarle, yo le perdono. ¡Corre! ¡Su vida! ¡Pronto, su vida!

KALM. ¡Ah! Sí, sí: yo tambien lo quiero salvar! (Se va corriendo.)

ESCENA XIV.

PEDRO solo y coordinando sus ideas.

CANTO.

¡Aquel semblante!
¡Aquella voz!

¡Aquel doliente
severo adios!
¡Es ella! ¡Es ella!
¡Mi dulce amor,
la que á la muerte
condeno yo!
¡Sombra adorada mia,
fantasma seductor,
de este delirio sálvame,
consuela mi dolor!

—

Sold. (Dentro.) ¡Al arma! ¡Al arma
sin dilacion!
Muera el tirano
Emperador.

Pedro. Sombra adorada mia,
(Sin prestar su atencion á las amenazas que suenan dentro.)
¡consuela mi dolor!

Sold. (Dentro.) Muera el tirano
Emperador.
(Voces de muera, que se prolongan y repiten á lo léjos por diversos lados.)

ESCENA XV.

Pedro, Kalmuff seguido de los Soldados de la patrulla sale precipitadamente.

Kalm. ¡Levantad al punto esta tienda! (Los soldados quitan la tienda prontamente.) Mi capitan, ¿no sabeis? ¡El campamento está insurreccionado!

Pedro. (Pensando sólo en Catalina.) ¡Habla! ¡Ese soldado, habla pronto! ¿Qué ha sido de él?

Kalm. ¡Logré alcanzarlo ahí cerca, junto á esa orilla! ¡Pero en el momento en que yo gritaba al cabo deteneos, ese jóven, queriendo salvar su vida, se lanzó al rio nadando con todas sus fuerzas hácia la ribera opuesta!

Pedro. ¿Y así le habeis dejado escapar?

Kalm. Yo... (¡si supiera que esos imbéciles dispararon so-

bre él!) (Mueras dentro.) ¿Pero no escuchais? ¡Las tropas corren mezcladas en tropel por todas partes; quieren pasarse al enemigo! Quieren quitar la vida al Czar.

PEDRO. Pues bien, aquí me tienen. (Con energía.)

KALM. (Sorprendido y cayendo de rodillas.) ¡El Czar! ¡Ah señor!

PEDRO. Levanta.

KALM. ¡Salvaos, señor, huid! ¡Dejadme aquí solo para morir impidiendo el paso á vuestros enemigos!

PEDRO. ¡No; Pedro no huye jamas!

KALM. (Levantándose.) ¡Pues luchemos, vive Dios! ¡Yo tampoco temo á la muerte! (Música dentro y coro.)

SOLD. ¡Muera el tirano! ¡Muera!

PEDRO. ¡Son ellos!

KALM. Venderemos caras nuestras vidas. (Desnuda su espada y se pone delante de Pedro.)

ESCENA XV.

DICHOS. DALOWITZ á la cabeza de Soldados de diferentes armas, que salen en confuso tropel y con aire amenazador.

¡Muera!
Sucumba á nuestro altivo
ciego furor.
¡Muera!
Que muera ese tirano
Emperador.
¡El Czar! ¡El Czar! ¡El Czar!
¡Sucumba sin tardar!
Do quiera que se esconda
le habremos de encontrar.

KALM. Atras, al soberano
amigo, respetad.

SOLD. (A Kalmuff.)
¡En dónde el Czar se oculta!
Decidlo sin tardar.

KALM. Partió del campamento.

PEDRO. Aquí presente está. (Presentándose.)

(Todos retroceden á su vista: se adelanta dos pasos, se abre el uniforme y presenta el pecho.)

¡Herid, herid, cobardes!

(Los amotinados vacilan.)

Ivan. (Viniendo por el fondo izquierda.)

¡Perezca, pues!

Pedro. ¡Ivan! (Con horror y sorpresa.)

Ivan. Si, yo mismo.

(Se oyen tambores dentro tocando marcha.)

Compañeros,
no haya miedo, nuestro es.
¿Escuchais? El rey de Suecia
ya nos viene á proteger.

(Los Soldados se animan de nuevo contra Pedro.)

Pedro. ¡Oh! ¡Baldon!

Ivan. ¡Estais rendido!

Kalm. (Que mira á la montaña.)

¡No! ¡Temblad á vuestra vez!
¡Esas tropas son los bravos
granaderos de Smolenk!

Ivan. ¡Maldicion! (Huye.)

Solds. (Cayendo todos de rodillas delante de Pedro.)

¡Piedad! ¡Piedad!
¡Piedad, señor, tened!

(En este momento sale por la montaña de la izquierda el regimiento de granaderos con su música al frente, y bandera.)

Pedro.

¡Soldados, con la sangre
se lava el deshonor!
¡Vertedla combatiendo!
Venid, la hora llegó.
El precio es la victoria.
El premio mi perdon.

(Todos se levantan agitando en alto sus armas, donde algunos han puesto sus morriones y gorras.)

Coro. (Con entusiasmo.)

¡Por tí combatiremos
con gloria y con honor!

(En este momento aparece por la montaña de la derecha del público el regimiento de Tártaros con la música al frente, y por el fondo abajo, en columna cerrada y con bandera, todos los reclutas y demas soldados que habia en el campamento, y que avanzan hasta dar frente al público, en medio de la escena.)

PEDRO. (Con entusiasmo.)
¡Rompa la metralla!
¡Zumbe ya el cañon!
¡Pronto á la batalla!
¡Pronto, con valor!

PEDRO, KALM. ¡Hurra, mis soldados!
¡Hurra! ¡Con valor!

PEDRO y SOLDS. ¡Nuestra es la victoria!
¡Nuestro el galardon!

(Pedro coge una bandera y exclama con todos, al mismo tiempo que tocan las músicas y cajas de los regimientos.)

TODOS. ¡Rompa la metralla!
¡Zumbe ya el cañon!
¡Pronto á la batalla!
¡Pronto, con valor!
¡Hurra! (Grito general.)

(A este grito, que dan á un tiempo todos los que están en la escena, Pedro tremolando la bandera corre hácia el fondo, y todos le siguen en tropel agitando tambien en lo alto sus armas y estandartes. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la misma decoracion que en el primer acto, pero bajo un aspecto diferente. La nieve cubre los campos, el golfo y las cabañas. Por do quiera se ven los estragos que causó el incendio del primer acto, estragos que han arruinado gran parte de la casita de Catalina, de la capilla y aun de algunas cabañas, etc. Debe resultar un gran contraste entre lo alegre y pintoresco de esta decoracion en el acto primero, y el aspecto sombrío y triste que ahora debe tener.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon la escena está sola: se supone que empieza á venir el dia. La nieve cae con abundancia. Los primeros términos del escenario están aun oscuros, y la claridad del alba da en el fondo sobre el golfo, que está helado completamente. Cuadro de soledad y melancolía. La orquesta toca durante algunos momentos una música adecuada al objeto. Despues de varios compases se oyen dentro campanas, que á compas dan pausadamente algunos toques.

DENTRO. (Coro de Aldeanas.)
El toque del alba
sonando está.
(Sonido de campana.)
ALDEANOS. Oid.
(Sonido de campana.)

ALDEANAS. Despertad.

CORO. (Dentro. De Aldeanos y Aldeanas.)
El toque del alba
sonando está.

(Se van abriendo sucesivamente varias ventanas y postigos de las cabañas, y apareciendo en ellas las Aldeanas, que miran en derredor observando el tiempo que hace. La nieve sigue cayendo.)

ALDEANAS. ¡Qué triste mañana!
¡Qué oscura, qué fria!
¡Cuál cubre la niebla
los rayos del dia!
Nevando está;
no salgas, no,
mi jornalero,
á tu labor.

(Toque de campanas. La nieve cesa de caer.)

ALDEANAS. No, no, no.
Y aunque del alba el toque
oigas, mi bien, sonar,
no dejes hoy tu lecho,
no dejes hoy tu hogar.

(Campanas tocando el alba.)

JORNALEROS. (Dentro.) Del alba el toque
sonando está.

ALDEANAS. Guarda tu lecho,
guarda tu hogar.

A UN TIEMPO.

(Campanas tocando al alba, Aldeanas y Jornaleros dentro.)

ALDEANAS. Toquen, toquen al alba,
puesto que el alba es ya;
pero mi jornalero
á su labor no irá.

JORNALEROS. (Dentro.)
Aunque toquen al alba,
pues que nevando está,
no dejaré mi lecho,
no dejaré mi hogar.

¡No dejaré mi lecho!...

Aldeanas. (Entrando y cerrando las ventanas.)

No dejes tu hogar.

(Las Aldeanas desaparecen de las ventanas, que vuelven á quedar cerradas.)

ESCENA II.

Berta, saliendo de la casita de Catalina y bajando tristemente la escalera.

¡Vana esperanza! ¡Apénas amanece vengo á ver si le hallo, si ha vuelto! ¡Ay!... ¡No hay duda! Ni Miguel ni Catalina existen ya... y yo no tardaré mucho en morirme de pena. ¡Pobre de mí! Hace cuatro dias tan alegre, tan dichosa, y hoy... sola, triste, entre estas ruinas. ¡Ay! (Suspirando y sentándose sobre una piedra.) ¡Nunca me podré consolar!...

MÚSICA.

DUO.

Berta. Pasó la noche,
y el alma mia
nacer ve triste
la luz del dia.
Mi dulce bien
no vuelve, no.
Para siempre, ¡ay de mí!
perdí mi amor.

(Suspirando) Ah, ah, ah, ah,
ah, ah, ah, ah,
para siempre, ¡ay de mí,
perdí mi amor!

Miguel. (De uniforme, ha salido un poco ántes por el fondo y canta mirando á Berta.)

Dulce paloma
del alma mia...

Berta. (Levantándose.) ¡Oh!...

Miguel. No en vano esperas
(Berta mira á un lado y otro sin ver á Miguel.)
la luz del dia:
¡tu dulce bien
al fin volvió!

Berta. (Viéndole) ¡Oh Dios!

Miguel. Tiritando aquí está
de frio y de amor.
(Berta corre á abrazarle.)

Berta. Él es, mi amor. } (A un tiempo.)
Miguel. Sí, sí, soy yo. }

Los dos. (Abrazados)
Ah, ah, ah, ah,
ah, ah,
ah, ah, ah, ah,
ah, ah.

Berta. ¡Ah, sí, no hay duda, es él, es él, mi amor.

Miguel. Sí, yo soy tu Miguel, tu dulce amor.

Berta. Díme pronto, bien mio,
qué fué de tí.

Miguel. Preso por los cosacos
soldado fuí.

Berta. ¿Y cómo estando preso
pudiste volver?

Miguel. Diciendo... ahí queda eso
y echando á correr.

Berta. ¡Ay, mal haya la guerra!

Miguel. Mal haya, amen.

—

Amar á nuestro prójimo
nos manda la doctrina,
y al prójimo en la guerra
le dan contra una esquina;

y grandes y pequeños
resuelven la cuestion
rompiéndose el bautismo
sin más explicacion.

—

¡Qué gestos! ¡Qué palizas!
¡Qué horrible confusion!

—

Cintarazos aquí y acullá.
Pin, pan. (Gesto de dar sablazos.)
Cien descargas tirando al monton.
¡Pataplon!... (Id. de disparar el fusil.)
De tambores el toque marcial.
Raaan. (Redoblando.)
Y el estruendo del ronco cañon.
¡Bon, bon, bon! (Fuerte.)

BERTA. (Asustada) ¡Ay!

MIGUEL. Mas al cabo ya estoy junto á tí.
Tiriri.
Viva, viva mi Berta, mi amor.
Tiriró.
Tiriri, tiriri, tiriri, tiriri. (Bailando.)
Yo me quiero de viejo morir.
Tiriri.
Que otro exponga el pellejo por mí.

—

LOS DOS. (A un tiempo, haciendo los mismos ademanes.)

BERTA. Que se den cintarazos allá,
¡pin, pan!
Y hagan fuego tirando al monton,
¡pataplon!
Y que suene el redoble marcial,
¡raaan!
Y el estruendo del ronco cañon,
¡bon, boom!
Tú, mi bien, no te apartes de mí,
¡tíriri!...

Viva, viva la paz y el amor,
¡tiriró!...
Tiriri, tiriri,
tiriri, tiriri, tiriri,
tiriri, tiriri.

—

Miguel. Cintarazos aquí y acullá.
Pin, pan.
Cien desgargas tirando al monton.
¡Pataplon!
De tambores el toque marcial.
¡Raaan!
Y el estruendo del ronco cañon.
¡Bon, bon, bon!...
Mas al cabo ya estoy junto á tí.
Tiriri.
Viva, viva mi Berta, mi amor.
Tiriró.
Yo me quiero de viejo morir.
Tiriri.
Que otro exponga el pellejo por mí.
Tiriri.

(Bailando con Berta. Cesa la música.)

Berta. ¡Dios mio! Yo estoy loca de alegria. ¡Tú aquí sano y salvo!

Miguel. Cabal: ¿ves? Sin un rasguñon. La cabeza, los brazos... en fin, vuelvo completo.

Berta. ¡Qué placer!

Miguel. Dime... ¿y á tí no te llevaron los cosacos? (Con recelo.)

Berta. ¡Ay! ¡Qué poco faltó!

Miguel. Pero faltó, ¿eh? (Vivamente.)

Berta. Sí: yo me escondí en un rincon de la ermita, y allí... sin chistar...

Miguel. ¡Tomó iglesia!... ¡Ay! ¡Ya respiro!

Berta. Mas á todo esto, ¿qué es de tu hermana Catalina? Tambien ella ha desaparecido de la aldea.

MIGUEL. ¿Mi hermana? Si tú supieras lo que... (Suenan á lo léjos disparos de cañon.) ¡Ay! ¡San Caralampio! (Temblando.)

BERTA. ¡Cielos! ¡Son disparos de cañon!

MIGUEL. Sí son... son... son... (Balbuciente.)

BERTA. ¡Qué tropel de caballos! (Mirando hácia dentro.)

MIGUEL. ¡Adios! ¡Me van á fusilar como desertor! (De pronto, quitándose el sombrero, la casaca, la chupa, etc., y tirándolos á un lado.)

BERTA. ¿Qué haces?

MIGUEL. Si me ven en este traje soy perdido. (Paseándose agitado y quitándose la ropa.)

BERTA. ¡Y se desnuda! ¡Oh qué rubor! (Tapándose la cara con las manos.)

MIGUEL. ¡Berta! (En mangas de camisa y tiritando.)

BERTA. ¡Que te vas á helar!

MIGUEL. (Abrazándola.) Abrígame tú, ¿eh?... ¡Abrígame tú!

BERTA. Así no podemos estar.

MIGUEL. Al contrario, así estoy muy bien.

BERTA. Ya oigo el galopar de los caballos: ¡si nos sorprenden de este modo! Si ven este traje por el suelo... (Cañoneo dentro.)

MIGUEL. ¡Sí, sí, huyamos! (Se separan.) ¡Cáspita! ¡Me voy á quedar tieso!

BERTA. Ponte el uniforme. (Coge la levita y se la da á Miguel.)

MIGUEL. No tengo otro medio mientras cambio de tra... (Metiendo un brazo por una manga y temblando.)

BERTA. ¡Qué veo! ¡Soldados!

MIGUEL. (Aturdido, mete vivamente el otro brazo en la otra manga: la levita se queda al reves, con la espalda por delante.) ¡Soldados! (Levantando los brazos al cielo.) Cielos, salvadme.

BERTA. ¡Ven, corramos! (Echan á huir por la izquierda del público. Cesa el cañoneo.)

ESCENA III.

PEDRO, que sale vivamente por el fondo seguido de IMALOFF, ámbos con el traje del segundo acto. KALMUFF y dos Oficiales, que se quedan en el fondo.

PEDRO. (En medio de la escena y exclamando con alegre espansion.) ¡Ah! ¡Héme al fin aquí!

IMAL. Despues de un dia entero de combate y de haber arrollado al enemigo.

PEDRO. Sus dispersos batallones huyen aun por esos desfiladeros.

IMAL. Cara nos han vendido la victoria.

PEDRO. Sí, pero mis soldados morian venciendo. (Con entusiasmo.)

IMAL. V. M. necesitará tomar algun reposo.

PEDRO. No. (Mirando á la casita de Catalina.) Mi jornada no ha concluido aun.

IMAL. ¿Doy aviso á la escolta para ponernos de nuevo en camino?

PEDRO. Manda hacer una batida por estos contornos: que los soldados enemigos sean perseguidos sin tregua en su retirada. Yo emprenderé la marcha cuando aclare más el dia. (Imaloff saluda y se dirige al fondo, donde da órdenes á Kalmuff. Pedro mientras fija sus miradas en la casita.) ¡Ah! Corramos ahora... No sé qué presentimiento sombrío... Catalina, sepa yo de una vez si mi delirio me engañaba. (Entra vivamente en la casita.)

IMAL. (Dando un papel á Kalmuff.) Hé aquí, sargento Kalmuff, el número de reclutas que debeis incorporar á cada regimiento.

KALM. (Tomando el papel.) Está bien, mi General.

IMAL. (Dirigiéndose al fondo y viendo que Kalmuff no le sigue.) ¿Qué es eso, no venís?

KALM. Perdonad, mi General; pero en esta aldea me dejé el otro dia un pedazo de mi corazon... y quiero ver si lo encuentro.

IMAL. ¿Qué significa?... (Con severidad.)

KALM. Y ademas... como el Czar está ahí... no quisiera per-

der esta ocasion de recordarle... que me habeis recomendado á él para el grado inmediato.

IMAL. Bien. S. M. ha entrado en esa cabaña, sin duda para descansar de la jornada. Esperadle aquí.

KALM. Es que... si vos os marchais... ¡diablo! El Czar impone tal respeto... aun me parece ver sus ojos de tigre brillar en el combate.

IMAL. Nada temais. Ahora está de buen humor.

KALM. ¿De buen humor? ¡Bravo!

IMAL. Aprovechad el momento. Adios. (Se va.)

KALM. (Solo.) Animo pues. Con mi grado de oficial y la mano de mi bella cantinera, ya nada tendré que desear en este mundo.

(Se dirige hácia la escalera: ántes de llegar á ella, Pedro aparece en la puerta de la casita profundamente conmovido: Kalmuff se cuadra, manteniéndose á distancia, y dice:)

KALM. ¡El Czar!

(Pedro á la puerta de la casita.)

PEDRO. ¡Nadie! ¡Sólo ruinas! ¡Señales de devastacion! ¡Ah! ¡No hay esperanza! (Baja y se apoya abatido sobre la barandilla de la escalera.)

KALM. Señor... (Siempre en la misma actitud.)

PEDRO. ¿Quién es? (Incorporándose.) ¿Quién llega á hablarme sin mi licencia? (Bajando al proscenio.)

KALM. Presente. (Cuadrado.) (Por fortuna el General dice que está de buen humor.)

PEDRO. (Bruscamente.) ¿Quién eres tú?

KALM. Soy... yo, señor.

PEDRO. (Con viveza.) ¿Cómo?

KALM. Es decir, el sargento que el General Imaloff ha recomendado á V. M., y que anoche...

PEDRO. (Acercándose á él.) Si, anoche te pusiste á mi lado para defenderme.

KALM. (Me reconoció.)

PEDRO. ¿Qué quieres? (Con impaciencia.)

KALM. Señor... lo que quiere todo soldado que se ha batido bien.

PEDRO. ¡Eh! Yo me he batido como tú... (Impaciente.)

KALM. (En el mismo tono que Pedro.) (Si, pero él pasó ya de sargento.)

PEDRO. Vete.

KALM. V. M. dice...

PEDRO. ¡Eh! (Volviéndose.)

KALM. Obedezco. (Yéndose muy despacio.) (Se me figura que la entrevista ha sido poco fecunda.)

PEDRO. ¡Oh! Espera. (Asaltado de una idea.)

KALM. Presente.

PEDRO. Acércate.

KALM. (¡Ya soy oficial!) (Con alegría.)

PEDRO. Anoche... ántes que la insurreccion estallara, yo te ví en mi tienda, ¿no es cierto? (Examinándole.)

KALM. Cierto, señor.

PEDRO. (Él es.)

KALM. (¡Se acuerda del lance del recluta! ¡Mejor! Eso le prueba que sé mantener la disciplina.)

PEDRO. Dime pues: aquel jóven, aquel recluta que imploraba mi proteccion...

KALM. Yo fuí quien le mandó arrestar. (Con satisfaccion.)

PEDRO. (Con ira.) ¡Tú!

KALM. Sí, señor; al sorprenderle espiando por entre las cortinas de vuestra tienda le así con toda la fuerza de mi brazo...

PEDRO. ¡Ah! ¡Miserable! (Exclamando.)

KALM. (¡Se irrita! Ya lo creo; un recluta que se atreve á espiar...)

PEDRO. (Vivamente.) ¿Y en dónde está ese soldado? Yo te mandé en su busca.

KALM. En efecto. Pero bien á pesar mio...

PEDRO. Sí, ya recuerdo... ¡Se fugó!... (¡Desgraciada!)

KALM. Señor, V. M. tiene razon en enojarse, al ver que ese recluta no ha recibido un ejemplar castigo.

PEDRO. ¡Eh! ¿Qué dices? (Con enojo.)

KALM. Pero no se inquiete V. M. por eso: por fortuna no se escapó impunemente.

PEDRO. ¡Cómo! ¡Explícate!

KALM. Los soldados que le custodiaban...

PEDRO. Acaba.

KALM. Hicieron fuego sobre él.

PEDRO. ¡Cielos! (Pequeña pausa.)

KALM. (Ya logré calmarlo.)

PEDRO. ¡Ha muerto!

KALM. Tal vez no.

PEDRO. ¡Eh! ¿Cómo lo sabes? Habla pronto. (Con impaciente ansiedad.)

KALM. El herido ganó la orilla opuesta.

PEDRO. Vete, aléjate de aquí. (Furioso.)

KALM. Señor, no fué culpa nuestra: mis soldados hicieron bien la puntería.

PEDRO. ¡Desdichado! (Empuña la daga, dirigiéndose furioso contra Kalmuff: este cae prontamente de rodillas, cruzando las manos, é inclinando respetuosamente la cabeza como resignado á sufrir el golpe que le amenaza. Kalmuff en esta postura y Pedro con la daga en la mano permanecen inmóviles un momento; despues de este corto instante, Pedro reprime su ira ante la humilde resignacion de Kalmuff y suelta la daga. Otra pausa, y dice á Kalmuff que permanece arrodillado.)

PEDRO. (Con acento amenazador.) Escucha bien. Si ese recluta ha sido muerto por tus soldados, ó si ántes de que dejemos esta aldea no le encuentras y lo conduces á mi presencia, te hago fusilar hoy mismo.

KALM. Mi vida es de V. M.

PEDRO. Hoy mismo. No lo olvides.

KALM. No es fácil, señor.

PEDRO. De tí depende el evitarlo. (Le echa una mirada amenazadora y se aleja por la izquierda.)

KALM. (Solo aun de rodillas y reflexionando.) El General me dijo que el Czar estaba hoy de buen humor. Podrá ser, pero no se le conoce. (Se levanta.) ¡Voto á mi patron San Nicolas! No, sin embargo, seamos justos. (Reflexionando.) Ese recluta faltó á la disciplina y se le debió fusilar. Esto lo comprendo. Si se escapó, no importa: el buen ejemplo reclama que se fusile al hombre que... Esto lo comprendo tambien. Pero... que ese hombre sea yo... Eso sí que no lo comprendo. (Pausa.) ¡Vive el cielo! Perder la vida cuando por primera vez se abriga en el pecho un verdadero amor! Cuando entro en esta aldea lleno de alegres esperanzas... (Con ira haciendo un gesto de amenaza.) ¡Oh! Bien decian que el Czar era un tirano sin corazon. (Se queda pensativo.)

ESCENA IV.

DICHO, BERTA y MIGUEL, saliendo cautelosamente.

BERTA. (A Miguel.) Ven. No hay nadie. Ven, y en tu casa hallarás ropa que ponerte.
MIGUEL. Mira por Dios si alguno nos observa. (Kalmuff se va á ir y se deja ver.) ¡Uf! ¡Mi sargento!
BERTA. ¡Cielos! (Asustada.)
KALM. ¡Eh! ¡Qué es eso! ¡Qué buscais aquí!
MIGUEL. (¡Ay que me mira!) (Temblando.)
KALM. Responde, imbécil.
MIGUEL. (¡Creo que me conoce!)
KALM. ¿Quién eres?
BERTA. Es... un jornalero del arsenal.
MIGUEL. Sí, eso; un arsenal... digo, no: un jornalero del arsenal.
KALM. (A Berta.) Y tú... ¡Calle! ¡La compañera de mi cantinerita!
BERTA. Servidora vuestra. (Saludando con miedo.)
KALM. La novia de ese recluta maldito...
MIGUEL. (¡Ay!)
KALM. De ese Miguel que Dios confunda.
MIGUEL. (¡Gracias!)
BERTA. ¿Qué decis?
KALM. Nada. (La mira.) (¡Pobrecilla!) (A Miguel, llevándole aparte.) Oye. A ver si la preparas la noticia...
MIGUEL. ¿Qué noticia?
KALM. La de su novio... ese Miguel...
MIGUEL. Sí. Adelante.
KALM. Ha sido muerto anoche.
MIGUEL. Ano... Brrr. (Echándose á reir.)
KALM. ¿Estúpido, de qué te ries?
MIGUEL. Con que Miguel... Brr. (Id.)
KALM. Miguel ha sido anoche herido.
MIGUEL. ¡Ya! ¿Herido, eh? (Burlándose.)
KALM. Al cruzar un rio.
MIGUEL. ¿Un rio, eh? ¡Qué demonio!
KALM. Y debe de haber muerto á estas horas.
MIGUEL. ¡Debe ya!... Con que á estas horas debe... ¡Burrr! (Riendo.)

BERTA. ¿Qué misterios son esos?

MIGUEL. Nada. El sargento que se empeña en...

KALM. Ve con tiento. (Bajo á Miguel.)

MIGUEL. ¡En que tu novio Miguel, Miguelito! Ha sido muerto anoche.

BERTA. ¿Tú? (Vivamente.)

KALM. ¿Eh? ¿Cómo? (Id.)

MIGUEL. (¡Ay, me perdió!) (Id.)

KALM. ¿Tú eres Miguel? ¿Miguel el recluta?

MIGUEL. ¡Cá! Si se... digo no. Yo... yo soy Miguel, pero no el recluta.

KALM. Con efecto, esta no es su cara.

MIGUEL. Cabal, esta no es su cara.

BERTA. ¡Se ha salvado! (Alegre.)

KALM. ¿Eh? (Mirando á Berta.) Reis así cuando os dan semejante nueva?

MIGUEL. Afligete. (Ap. á Berta.)

BERTA. Pero... (Id.)

MIGUEL. Afligete, mujer, que estoy muerto. (Id.)

BERTA. ¡Ay, ay, ay! (De pronto fingiendo que llora.) ¡Qué lástima de Miguel!

MIGUEL. ¡Sí, qué lástima de chico! (Id.)

BERTA. ¡Tan bueno!

MIGUEL. ¡Y tan guapo!

KALM. (¡Qué misterio hay aquí!) (Observándolos.)

MIGUEL. Nos observa. (Bajo á Berta.) ¡Aprieta más! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

BERTA. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

(Mientras lloran, Kalmuff con ojos investigadores se va acercando á ellos hasta ponerse en medio de los dos. Berta y Miguel empiezan á tener miedo, y van disminuyendo por grados su llanto, hasta quedarse en silencio, inmóviles y temblando. Kalmuff murmurando con despecho en medio de los dos dice.)

KALM. ¡Vive Dios!.. (De pronto.) Tú eres Miguel el recluta.

MIGUEL. ¡Por piedad! (De rodillas.)

BERTA. Por Dios, no le hagais mal alguno.

KALM. Y sin embargo, tú no eres el mismo que yo busco, el que anoche faltó á la ordenanza, el que tanto se parece á Catalina.

MIGUEL. ¿Cómo? (Levantándose.) ¿Y ese es el que, segun decis, ha sido tambien herido? ¡Ah, Berta, Berta! (Pasando á su lado.) ¡Mi pobrecita hermana ha muerto por mi causa!

KALM. ¡Catalina! (Le coge del brazo violentamente.) ¡Habla, imbécil! ¡Explica este misterio! ¡Pronto! ¿Qué ha sido de tu hermana?

MIGUEL. Mi hermana fué á ocupar mi puesto en el ejército, y se quedó por mí de centinela junto á la tienda que mandásteis levantar.

KALM. ¡Oh! ¡Miserable de mí! ¡Cien vidas que tuviera no bastarian á vengar la suya!

BERTA. ¡La vida de Catalina!

MIGUEL. Señor sargento: por todos los santos del cielo, contadme... (Música.) ¿Qué es eso?

KALM. Los cosacos hacen la batida. (Mirando al fondo.)

MIGUEL y BERTA. ¡La batida!

MIGUEL. ¡Huyamos! (Se entra con Berta en la casita.)

KALM. (Mirando al monte.) Creo que persiguen á alguno. Sí, un ginete atraviesa al escape... ¡Oh! (Se va corriendo.)

CORO. (Dentro, de soldados.)

¡Allí va!
Por el monte
ligero cruzó.
¡Allí va!
Ya en la selva
se oculta veloz.
¡Alto allá!
Detenedle, corred.
¿Dónde está?
¡Por esa espesura
tal vez escapó! (Sigue la orquesta sola.)

(Este coro se canta al mismo tiempo que se dicen los últimos renglones de la escena anterior.)

ESCENA V.

Durante las últimas frases del coro se ve llegar á Ivan, que dando muestras de venir huyendo, trae en sus brazos á Catalina desmayada y vestida aun con el traje de recluta del segundo acto; pero sin sombrero y sin armas. Ivan se detiene un poco, mira á todos lados con agitacion, coloca en seguida á Catalina sobre un asiento de piedra; vuelve á mirar al fondo. El coro se vuelve á oir en este momento muy lejano. Ivan aplica el oido con terror.

CORO dentro, léjos.

Por el monte
y el valle cruzó
veloz.
De su huella
sigamos en pos.
¡Por allá,
por allá,
despareció! (Cesa la música.)

(Ivan, al concluir esta segunda vez el coro, hace un esfuerzo sobre sí para reponerse de su terror.)

IVAN. Ya se alejan... ¡Oh! Si mi caballo no hubiese caido muerto en ese bosque... Por fortuna han perdido mis huellas; pero es imposible permanecer aquí sin ser descubierto. ¿Eh? (Volviendo la cara al sitio donde está Catalina y acercándose velozmente á ella.) No. Aun no ha vuelto en sí. Apénas puedo comprender... Catalina en este traje, sola en esas montañas, en medio de la noche, tendida, exánime sobre la nieve... ¡Oh! No es tan adverso mi destino puesto que en mi fuga desesperada hallé á la mujer á quien amo. Sí: Catalina está en mi poder y para siempre. Pensemos en huir con ella de estos sitios. (Observándola.) Su palidez se disipa, late su corazon. ¡Catalina! (Llamando.) ¡Catalina! (La ventana de la casita se abre y aparecen en ella sin ser vistos de Ivan, Miguel y Berta, que dice bajo á Miguel.)

BERTA. ¿No has oido?

MIGUEL. Llaman á mi hermana.
BERTA. ¡Cielos! (Exclamando.)
IVAN. ¿Eh? (Volviéndose, se coloca de modo que Miguel y Berta no le vean, y escucha.)
MIGUEL. ¿Qué te pasa?
BERTA. (Mirando desde la ventana.) ¡Juraria que es ella! ¡Catalina!
MIGUEL. (Vivamente y con alegría.) Sí, sí; con el traje de recluta. ¡Corramos! (Desaparecen de la ventana.)
IVAN. No sé qué hacer... Si permanezco aquí... ¡Vive el cielo!... (Se oculta en la derecha.)

ESCENA VI.

CATALINA volviendo en sí. IVAN oculto: MIGUEL y BERTA bajando la escalera velozmente, y corriendo al lado de Catalina.

BERTA. ¡Catalina! (A su lado.)
MIGUEL. ¡Hermana mia! (Id.)
KALM. ¡Ah! (Apareciendo en el fondo.) ¡No me engañaba!
MIGUEL. Soy yo, Miguel.
BERTA. ¿No nos reconoces?
CATAL. (Levantándose.) ¡Dios mio!... (Con asombro.) ¡Me hallo entre vosotros, en mi aldea!
MIGUEL. Cabal.
CATAL. A la puerta de mi cabaña.
MIGUEL. Justo.
CATAL. (Como recordando.) ¡Y sin embargo, hace algunos momentos... Ivan me arrebataba en su caballo léjos de estos sitios!
MIGUEL y BERTA. ¡Ivan!
KALM. ¡Era él! (Aparte en el fondo.)
CATAL. Sí, Ivan, que esta noche me halló moribunda en la montaña, que me salvó la vida! ¡Oh! ¡Por qué no me dejó morir!
BERTA. ¡Morir!
MIGUEL. ¡Eso faltaba! Despues que por mi causa has corrido tantos peligros, despues que por mí abandonaste la aldea en los momentos en que ibas á casarte con Pedro.

CATAL. ¡Pedro! (Herida de un recuerdo y separándose de Berta y Miguel.)
BERTA. ¿Quieres callar, hablador? (Bajo á Miguel.)
MIGUEL. ¿Por qué? (Id.)
CATAL. (Como hablando consigo misma.) Aun me parece verle en el desórden de aquella fatal embriaguez... ¡Aun me parece oir la sentencia que en su delirio pronunció contra mí! (Todo esto bajo.)
BERTA. ¿Qué dices?
CATAL. ¡Y aquellos soldados que me arrancaban de sus brazos! ¡Que me conducian á la muerte!... (Kalmuff aparece. Catalina al verle retrocede espantada.) ¡Gran Dios!
MIGUEL y BERTA. ¡El sargento! (Pausa.)

ESCENA VII.

DICHOS, KALMUFF. Este mira á CATALINA, y dice á Berta y Miguel.

KALM. Nada temais: dejadme solo con ella.
MIGUEL. Pero...
KALM. Sin replicar. (Miguel y Berta bajan la cabeza y entran en la casita: cuando suben la escalera, Kalmuff, que ha estado contemplando á Catalina, dice.) Catalina... Ese disfraz ha estado á punto de perderte... y de perderme á mí, responsable de tu fuga. Pero tu aparicion inesperada va á desvanecer todo peligro. Una sola cosa deseo saber de tí; respondo la verdad.
CATAL. ¿Cómo?
KALM. Miguel acaba de decir que abandonastes la aldea en los momentos en que ibas á casarte.
CATAL. No es cierto. (Pausa.)
KALM. ¿No amas á nadie?
CATAL. (Con pasion.) ¡Oh! sí. (Movimiento de Kalmuff.)
KALM. ¿Quién es ese Pedro, cuyo nombre te estremeció ha un instante?
CATAL. Pedro ya no existe para mí.
KALM. ¿Te ha olvidado?
CATAL. Quizá.
KALM. ¿Y tú? (Con ansiedad.)
CATAL. Yo... le perdono.
KALM. Y si un hombre, por primera vez de su vida, hubie-

ra sentido al verte un amor verdadero... ¿podria esperar que un dia?...

CATAL. Jamas.

KALM. ¡Jamas! (Con aire sombrío.) Sabes, Catalina, que los celos son un tormento que solo puede mitigar la venganza?

CATAL. ¡La venganza! ¿De qué? ¿No te he dicho que nada espero ya en el mundo? ¿No te he dicho que he perdonado al hombre que me olvida quizá? ¿Al hombre que anoche, cuando yo imploraba su compasion... me respondia condenándome á la muerte?

KALM. (Con sorpresa.) ¿Qué dices? ¿Anoche?... ¿Cómo? ¿Dónde? (Con gran ansiedad.)

CATAL. ¿Dónde? ¿Por ventura no fuiste tú mismo quien entró en su tienda pidiendo un castigo?

KALM. ¡Gran Dios! (Adivinando.)

CATAL. ¿Qué te pasa?

KALM. (Vivamente.) ¿Aquel hombre, aquel oficial es el que tú amas?

CATAL. Sí.

KALM. (Vivamente.) ¿Por el que renuncias á todo porvenir en este mundo?

CATAL. Sí.

KALM. (Vivamente.) ¡Catalina... aquel hombre es el Czar!

MIGUEL y BERTA. ¡El Czar! (Desde la escalera.)

CATAL. ¡El Czar! ¡Desdichada! ¡Ahora sí que no me queda esperanza alguna!

KALM. ¡El Czar Pedro I, que hace tres dias, y bajo un disfraz humilde, me impidió al pié de esa escalera penetrar en tu cabaña! El Czar, que te ha engañado, Catalina; que nunca podrá ser esposo tuyo... que está aquí, en la aldea.

CATAL. (Vivamente.) ¿Aquí?

KALM. Mírale. (Señalando al fondo.)

CATAL. ¡Ah! ¡Ni una palabra, por piedad! ¡Catalina ha muerto para él! ¡Nada puede ya salvar el abismo que nos separa! (Se oculta velozmente y como fuera de sí entre las ruinas de la iglesia. Están dispuestas de modo que el público vea á Catalina, sin que esta sea vista de los personajes que se hallen en la escena.)

KALM. ¿Qué haces? ¡Se oculta de la vista del Czar... (Con alegría.) Aun no he perdido la esperanza.

BERTA. ¿Qué dices á esto? (Bajo á Miguel, con quien está observando en la ventana.)

MIGUEL. (Interrumpiéndola.) Que te calles.

ESCENA VIII.

PEDRO, que sale por el fondo, en donde se detiene un instante con IMALOFF. KALMUFF se aparta á un lado. CATALINA oculta entre las ruinas de la iglesia. MIGUEL y BERTA á la ventana de la casita.

IMAL. (En el fondo á Pedro.) Salvo, señor, lo que V. M. determine, creo que el ejército debe aprovechar el dia para continuar su marcha.

PEDRO. Está bien. Da la señal... (Haciendo un esfuerzo.) y partamos. (Imaloff se va.)

KALM. (¡Oh!) (Con alegría.)

PEDRO. ¡Partir! ¿Y qué debo ya esperar en estos sitios? (Catalina escucha trémula y conmovida la voz de Pedro. Este no ha visto á Kalmuff.) ¡Mis ojos la han buscado en vano por todas partes! He recorrido inútilmente la aldea por si encontrara quien me diera noticias suyas. Berta, Miguel, todos han desaparecido. (Miguel hace un gesto indicando que ha concebido una idea, y desaparece con Berta de la ventana.) ¡Ah! La suerte se rie de mis tormentos, se burla de mi poder... (Pausa.) Partamos. (Haciendo un esfuerzo sobre sí y dirigiéndose al foro.)

KALM. (Se va.) (Con alegría.)

(Al llegar Pedro al fondo, suena dentro de la casita de Catalina una flauta que toca el aire de la escena cuarta del primer acto.)

PEDRO. ¡Oh! (Deteniéndose sorprendido.)

KALM. (¡Oh!) (Con inquietud.)

(La flauta continúa breves instantes, durante los cuales Pedro da algunos pasos hácia el proscenio. Catalina á su vez se detiene conmovida. La figura de Ivan aparece en el último término más allá de la casita. Cesa la flauta. Una pausa. Música.)

CANTO.

PEDRO. Eco feliz,
que mis pasos detienes,
vuelve á sonar.
Por tí mi amor
su perdida esperanza
recobre ya.

—

CATAL. (Escuchando con placer á Pedro, siempre oculta.)
¡Ah! Su acento
derrama en mi pecho
delicias sin par.

—

KALM. (Ap., sin ser visto de Pedro y observándole agitado.)
¡Qué terribles
combaten los celos
mi pecho leal!
PEDRO. Sonad, ecos, sonad,
y á la que ausente lloro
volvedme ya.
KALM. (Ap. con despecho.)
¡Ah! No. Yo no he de verla
en brazos de un rival.
(Ivan, que escucha estas palabras, hace un gesto de alegría va acercando á Kalmuff sin ser visto.)
PEDRO. Sonad, ecos, sonad.
¡Sonad! (La flauta suena dentro.)
CATAL. (Entre las ruinas.)
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
(Los ecos de Catalina se mezclan con los de la flauta.)
(La flauta responde.)
PEDRO. ¡Cielos!
KALM. Su voz responde.
CATAL. (Como ántes.)
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! (La flauta lo mismo.)

—

A UN TIEMPO.

PEDRO. ¿Dó estás, mi bien, dó estas?

KALM. (Con amargura.)
¡Mi amor perdido es ya!...

(En este momento Pedro sube un poco hácia al fondo buscando á Catalina. Kalmuff va á irse, pero Ivan baja por la derecha del público, procurando que Pedro no le vea, y detiene á Kalmuff diciéndole en voz baja.)

IVAN. ¿Dónde vas? (A Kalmuff.)

KALM. ¡Qué miro! (Sorprendido.)

IVAN. Venganza (Con fuerza.)
reclama tu honor.
Un rival
tu dicha destruye,
te roba tu amor. (Señalando á Pedro.)

KALM. ¡Oh! Callad. (Luchando con sus sentimientos.)

IVAN. Muera, pues.

(A Kalmuff, incitando sus celos, señala á Pedro, que está en el fondo: Kalmuff comprende la idea de Ivan con terror.)

KALM. ¿Qué decís?

IVAN. Ten valor,
ó pronto de tus penas
se burlarán los dos.

KALM. ¡No! ¡No!

(Cuyos celos llegan á su colmo al oir á Ivan.)

CONCERTANTE.

(La colocacion de los personajes es: CATALINA entre las ruinas, PEDRO, KALMUFF, IVAN.)

PEDRO. Mi voz te llama, (Sin ver á Catalina.)
ven, amor mio,
ven y consuela
mi triste afan;
oye mi ruego,
ven por piedad;
ven, que mis brazos
te esperan ya.

CATAL. (Entre las ruinas.)
Su voz me llama,
su amor es mio.

No, no es posible;
mintiendo está...
mas yo lo adoro,
y á mi pesar
perderle, ¡oh cielos!
no puedo ya.

IVAN. Mírale, pues:

(Señalando á Pedro, incita los celos de Kalmuff, que vacila entre su despecho y su lealtad.)

no hay duda ya;
pronto en sus brazos
la estrechará.
¡Hiere, apresúrate!
Muera el rival:
tu amor, tus celos
corre á vengar.

—

KALM. Ya entre mis manos
vibra el puñal.

(Kalmuff, la mano en su puñal, mirando con saña á Pedro, cediendo á las sugestiones de Ivan. Pedro está de espaldas á él.)

Ya de los celos
siento el volcan.
¡Ah! No, no, déjame, (A Ivan con terror.)
genio del mal;
de un crímen salva
mi lealtad.

A LA VEZ TODOS.

PEDRO. ¡Mi voz te llama!
Mi bien, ¿dó estás?
CATAL. (Dentro.) ¡No, no resisto!
PEDRO. ¡Ven por piedad!
IVAN. (A Kalm.) ¡Mírale! (Señalando á Pedro.)
KALM. ¡Oh rabia! (La mano al puñal.)
IVAN. (A Kalm.) Será suya.
KALM. ¡Jamas!

(Da un paso hácia Pedro que no los ve.)

IVAN. (A Kalm.) ¡Hiere!
KALM. Sí.
IVAN. (A Kalm.) Hiérele.
KALM. (Vacilando.) ¡Yo infamia tal! (Se detiene.)

A UN TIEMPO.

CATALINA. PEDRO. KALMUFF.

¡Vuelo á tus brazos! ¡Vuela á mis brazos! ¡Yo infamia tal!

(Catalina sale y corre á los brazos de Pedro.)

TODOS.

¡Ah!

(Al salir Catalina, Ivan saca el puñal y va á arrojarse sobre Pedro; pero Kalmuff, por un movimiento rápido é inesperado, se vuelve contra Ivan, amenazándole con su acero, y le dice.)

KALM. ¡Atrás! (A Ivan.)

(Ivan cae de rodillas, y al instante mismo Kalmuff exclama con alegría salvaje, en tanto Pedro y Catalina están abrazados, y Miguel y Berta bajan contentos á la escena.)

KALM. ¡Hurra, hurra, cosaco leal!
Puro vives de infame traicion,
si al despecho brilló tu puñal,
noble escuchas la voz del honor.

PEDRO y CATAL. (Abrazados.)
Tierno lazo nos une, mi bien,
de la dicha la aurora lució,
la ventura que tanto soñé
hoy el cielo concede á mi amor.

MIGUEL. ¡Viva, viva mi flauta feliz:
nunca he sido mejor profesor!
Con dos notas al aire que dí
todos saltan de gozo y amor.

BERTA. Tierno lazo los une por tí (A Miguel.)
tierno lazo de plácido amor,
viva, viva la flauta feliz:
nunca has sido mejor profesor.

IVAN. (Ap. y de rodillas aun.)
Humillado, rendido á tus pies
hoy se mira mi fiero rencor;

la venganza que tanto soñé
de mis manos al fin escapó. (Cesa la música.)

Pedro. ¡Catalina, esposa mia! (Estrechándola entre sus brazos.)

Todos. (Con gran sorpresa.) ¡Su esposa!

Kalm. Señor, (Cuadrándose.) el sargento Kalmuff no halló al recluta... pero en cambio... supo apoderarse de un enemigo vuestro. (Señalando á Ivan.)

Pedro. Ivan... (Reparando en él y con gesto amenazador. De pronto dice mirando á Kalmuff.) Capitan Kalmuff.

Kalm. ¡Viva el Czar!... (Al oirse llamar capitan.)

Pedro. Encargaos de que el castigo de ese hombre se cumpla inmediatamente. (Por Ivan.)

Catal. ¡Señor! (El Czar la mira.) Ivan esta noche salvó mi vida, Ivan fué un tiempo vuestro amigo.

Pedro. El Czar ha pronunciado la sentencia, (Con dignidad.) mas tú pedirás luego su perdon á Pedro que te lo concederá. (Pedro habla bajo á Catalina.)

Ivan. ¡Ah señor!

Kalm. (Acercándosele cuadrado y con el mayor respeto á Miguel.) Su excelencia me perdonará si hace poco le traté de imbécil.

Miguel. ¡Cá, hombre!... Entre amigos... cuanta más franqueza... Mi excelencia os perdona, y la costilla de mi excelencia tambien. (Señalando á Berta.)

Berta. Pues ya lo creo.

(Suenan dentro las músicas de los regimientos, y salen las tropas llenando la escena y coronando las alturas. Las músicas siguen.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos é **Imaloff**, Ayudantes, Soldados, Músicas, Reclutas, Vivanderas.

Imal. (Saliendo.) Señor, llegó el momento de partir. (Al Czar.)

Pedro. General, (Con voz solemne.) anunciad á mis bravos batallones la Emperatriz Catalina mi esposa. (El General y los Ayudantes se descubren con respeto.)

Catal. ¡Pedro!

PEDRO. Sí, Catalina: mi amor te eleva al trono... ¡tu felicidad está allí!

CATAL. No, en tus brazos. (Con efusion y abrazándolo.)

TODOS.

(Motivo de la marcha final del segundo acto.)

Hoy de nuestra gloria
brilla el nuevo sol,
noble la victoria,
plácido el amor.
¡Honor, honor al Czar!
¡A Catalina honor!

(Catalina en medio de Pedro y de Miguel: al lado de este Berta: Kalmuff al lado de Pedro. Cuadro.)

FIN DE LA ZARZUELA.